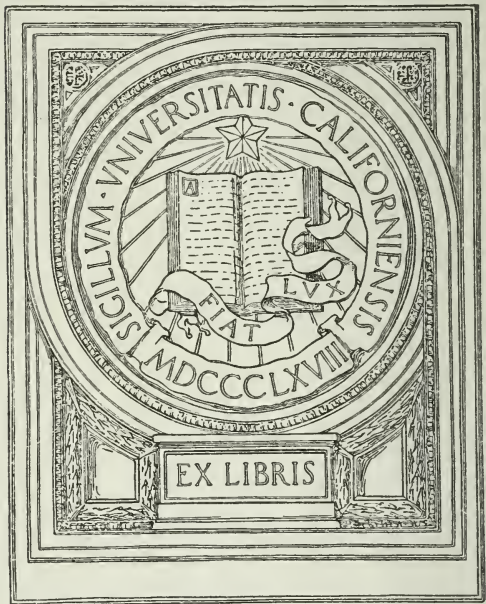
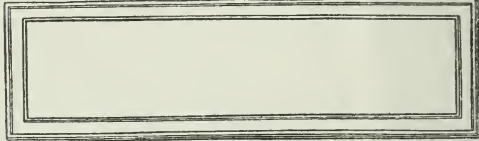




UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
AT LOS ANGELES



EX LIBRIS













# ENCUESTA

TEXTO DE M. FER-  
NANDEZ CABRERA  
CARICATURAS POR BLANCO

7153 0

Madrid, 19







## OBRAS DEL AUTOR

### Publicadas:

*Alma canaria.* (Álbum patriótico conmemorativo de la Asociación...)

*Mis patrias:* Canarias, Cuba, España. (Conferencia.)

*Crónicas y devaneos.* (Artículos.)

*¡Sendas de misterio... y de amor!* (Cuentos.)

*Mi viaje a México.* (Crónicas y conferencia.)

*Encuesta.* (Monografías.)

### En prensa:

*Mi viaje a Venezuela.* (Crónicas.)

*Panchito.* (Relato de una vida barroca.)

### Preparadas:

*Sino de tragedia.* (Novela.)

*Del divino tesoro...* (Recopilación.)

*El decir de los políticos..., críticas ligeras, jornadas de un cronista, editoriales y otras cosas más...* (Periodismo.)

M. FERNANDEZ CABRERA

# ENCUESTA

PÓRTICO *de Manuel S. Pichardo*

CARICATURAS *de Blanco*



MADRID

, 1917

ES PROPIEDAD

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

PQ  
6051  
F39e

*La originalidad es eso. No acuñar moneda, sino saber usarla.*

UNAMUNO

*Nada parece respetable para el caricaturista. Diríase que sus ojos ven los seres y las cosas a través de unos lentes deformativos, y que en su alma se secaron las fuentes de la sensibilidad.*

JOSÉ FRANCÉS

236918



RAFAEL BLANCO

DEDICATORIA



WIFREDO FERNÁNDEZ



*A los escritores y dibujantes  
de la República, en la magnífica  
figura representativa de Wilfredo  
Fernández, cuyo sereno  
talento es flor de insigne hu-  
morismo.*

*M. Fernández Cabrera.  
Rafael Blanco.*



COMENTARIO  
DE PUBLICACIÓN



M. FERNÁNDEZ CABRERA



**E**N unos ratos de haraganería mental quise engañarme componiendo éstas como breves y varias etopeyas de hombres y mujeres a quienes me acerqué bajo admirativa fruición, por época y circunstancias especiales cubanas, en gracia de sus desusadas virtudes que les distinguían con vivos perfiles de excepcionalidad.

Hoy, al cabo de bastantes años, muy otras las orientaciones literarias y preferencias estéticas del espíritu, y sin obedecer para nada a cierta disciplina que me había impuesto relativa a una rigurosa selección en cuanto publique, las colecciono y ofrezco al mercado y a la crítica, bien seguro de hallar a ésta poco propicia, pero consolándome la idea de que el crédito o el descrédito

de quienes nos servimos de la pluma cultivando ensueños, no nace del juicio de simpatía u hostilidad en nuestros colegas, y sí por la proba o falaz manera como tratemos a los que nos lean sin ánimo de competencia, aquéllos que preparan sus sentidos con justeza de amplitud al goce de lo ofrecido. No son mis somerísimas monografías, inocentes coloquios, capaces para alcanzar en mérito y fama el egregio límite de las *Vidas paralelas*, pongamos por libro, mas tampoco he de cometer pecado de autodenigración presentándolas a la precaria altura de *Lo que sé por mí*, y vaya también la cita como un simple ejemplo.

En cuanto sigue escrito expuse ahora el claro alcance de mis pretensiones, amenguadas todavía por el progreso natural en gusto y pensamiento.

Va para vieja la agudeza de don Pedro Antonio de Alarcón: «*De no haber sido quien soy, quisiera ser el Bobo de Coria.*»

Contestaba así el cáustico humorista a cierto reportero de la época, huroneador e indiscreto, dado a la caza de subjetividades célebres, que

luego hacía públicas, enseñando, en sólo dos frases, el mérito de cada hombre.

Yo no sé, ni deseo saberlo tampoco, si alguna otra figura representativa de antes fué interrogada en igual forma, logrando dar respuesta tan donosa. Me pide *El Figaro* labor semejante a la del aludido preguntón, y lo que me importa al traer aquí la ocurrencia, es fijarle para heráldica limpio y alto linaje; no precisamente a la tarea propia, bien sencilla por cierto, sino a la de mis colaboradores, quienes tendrán, pues, tronco de origen en el exúbera novelista de *El Escándalo* y *El sombrero de tres picos*.

Allá en Madrid, un sintético y malicioso interviuista atinó a ceñir los vulgarísimos interrogatorios de esos *Barómetros mentales*—página obligada, según parece, de toda revista literaria—con esta guisa: ¿Qué hubiera usted querido ser? ¿Qué quisiera usted ser?... No he de añadirle, ni tampoco quitarle, que por ello resultaré más libre de menguadas burlas, si acaso fracasan estos escauceos, siendo el triunfo entero de los mismos, si triunfo como auguro se consigue, para «El Duende» y mis preguntados. Ved el único méri-

to que pudiera caberme: escogerles con seguro acierto.

¿Motivo, entonces, de presentar al público tan inconsistente volumen? Lo hallaréis en el personaje creado por Daudet, en *La lutte*. Piérre de Guisaune, influído, según Darío, por Thomas de Quincey, persiguió el consuelo a males implacables en el opio, o su alcaloide, y o menos parisiense, y con una turbadora grima a las drogas heroicas, busco amenguar mi zozobra íntima con estos inofensivos ejercicios.

### M. FERNÁNDEZ CABRERA

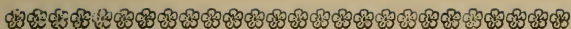




# PÓRTICO



MANUEL S. PICHARDO



ESTE maravilloso palacio espiritual  
ha sido edificado con selecta labor  
por artífice experto que tuvo el solo error  
de convertir el pórtico en mísero portal.

No necesita entradas el Museo ideal  
donde almas como gemas exhiben su fulgor,  
con la avidez injusta de hallar brillo mejor,  
cuando el sol ha temblado en cada original.

Las puertas se abren francas. Oye, visitador,  
cómo llegan los ritmos de una marcha triunfal.  
Penetra en el alcázar por este exiguo umbral

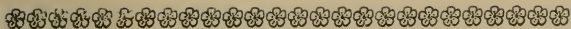
y toma apresurado el divino ascensor  
que habrá de conducirte a la torre de honor  
en que agita la Gloria su penacho inmortal.

**Manuel S. PICHARDO**



ENCUESTA





L designarme usted para nuncio de su feliz producción, y haber yo aceptado sin calcular la tarea que me echaba encima —porque nunca he sido heraldo de obras ajenas, ni a prologuista me he metido jamás—, hállome en situación parecida, pero mucho más apretada, a la del Fénix de los Ingenios españoles cuando le exigió Violante que hiciera un soneto sin estrambote y de repente.

Sólo he sido anunciador y alabardero de mis propias obras, y no hay quien pueda sacarme más allá de tres prólogos suscritos por mí. De suerte sea que estoy perplejo, casi abrumado, sin saber por dónde empezar el prefacio de mis afanes, y aplaudir a usted con estruendo, con efusión, y ser breve y sonoro a la par. La pluma de usted

es briosa y pintoresca, y muy fértil, exuberante. La prueba la tengo sobre la mesa de trabajo: cuatro obras completas, amenísimas, sobre asuntos diversos, bien esbozados y concluídos, sin contar los artículos diarios que escribe usted para la Prensa. Es, pues, un caso de fecundidad extraordinaria. Ni el ocio ni la galbana tropical se ha apoderado de su espíritu emprendedor. *Crónicas y devaneos*: libro deleitable, exposición completa de su brillante talento; y esta su última obra, la titulada *Encuesta*, es la averiguación más exacta y singular de la vida y méritos de los quince personajes que usted fotografía en esas páginas; y digo quince, en vez de diez y seis, porque el *setse* lo completo yo. En mi retrato hay demasiado colorido, mucho color rosado o juvenil, aunque me hace usted aparecer con un lustro más. No soy tan viejo, ni mi alma tiene ya los ardores de la juventud florida. Me encanta el estilo de usted: es gallardo, elocuente, atrevido a veces y aparatoso en ocasiones. Pudiera decirse que empavesa usted con todas las guirnaldas de la retórica las producciones de su entendimiento. Dispara voladores, ramilletes de bengala con



profusión, o nos presenta una antilla de los más vivos tonos, y no quita del racimo una sola flor, aunque sea exótica, y sea necesario buscarla en el catálogo de las voces en desuso.

Quiero decir que emplea usted expresiones y vocablos incomprensibles para la mayor parte de los lectores, ya porque son anticuados, ya porque sólo los utilizan los técnicos, y con más frecuencia los escritores modernistas. Así, por ejemplo: ha bautizado usted el libro de los *setse* con el nombre de *Encuesta*. Claro está que los diez y seis personajes conocen la definición del vocablo, que por eso son jueces en materia literaria; pero tengo la seguridad de que la mayor parte de nuestros letrados y los que escriben diariamente en los papeles públicos no dan con el significado si se les interroga de sopetón ¿Qué es encuesta?... Yo me atrevería a jugar tres bonetes de magistrado contra una chapa de la Policía secreta, a que el centenar de doctores que pasa ahora por mi mente, con sus gerundios al revés y su ecuanimidad difusa, desconoce el significado y el origen.

Ha imitado usted al peregrino autor del *Qui-*

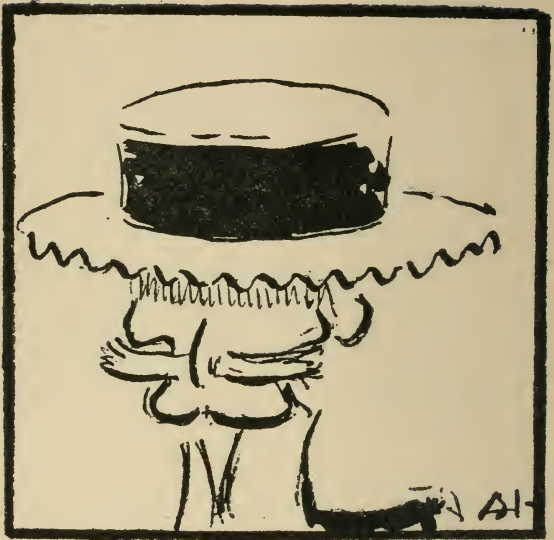
*jote* en aquella célebre expresión «duelos y quebrantos» en día determinado de la semana, y que uno de los más sagaces comentadores califica de empecatada, porque la mayoría de los que leen el *Quijote* la toma por penas o aflicciones, con lo cual injuria a Cervantes al suponerle capaz de aplicar dos sinónimos separados por la copulativa. Duelos y quebrantos eran parte del frugal ajiaco que consumía el patrimonial del bizarro caballero.

Acepte usted, amigo mío, esta aclamación tan espontánea como cariñosa.

**José MIRÓ**

# SANGUILY

*¿Qué hubiera usted querido  
ser? ¿Qué quisiera usted ser?*



SANGUILY



**U**N don Alonso de Quijada, o Quijana, modernizado a la manera de La Gándara, muy siglo xx, influir francés: alto, enjuto e inflexible de cuerpo, con ademán sobre enérgico, agresivo, rostro seco y anguloso, mirada inquietante... así vieron siempre mis ojos a don Manuel; blando y cordial le sintieron mis manos; príncipe de la soberana elocuencia le escucharon mis oídos...

... En su *chalet* de la Loma universitaria acabo de visitarle. Cuando llegué, ya con actitud para recibirme, como dejaba caer esplináticamente la vista sobre una tarjeta de correos, fotografía del *Boulevard Saint-Guily*. Allí veranea Pichardo, poeta y diplomático, quien le enviara el recuerdo, homenaje a tal progenitor que mereciera con-

sagración lapidaria. Por mis ruegos curiosos, hízome este relato:

—Nuestros tatarabuelos, franceses de pura raigambre, tuvieron prolífica familia. Parte de ella vinculó en la Provenza, país sumo de idealidades, donde a través de los siglos luce con el sol la gloria de Clemencia Isaura, loada por trovadores y felibres; otra parte buscó la grandiosidad abierta y comunicativa del mar, costas mediterráneas; otra emigró a América fabulosa... De la rama ida a Burdeos hubo un joven con espíritu industrial que, desviándose hacia Biarritz, fomentó un balneario; marcháronle francos sus negocios; hízose millonario; banquero; luego, ya, sin hijos, altruísta, filántropo... Ha muerto, y el pueblo le premia perpetuando su memoria, prenda de gratitud e intención de estímulo.

—Entonces su apellido...

—Nuestro abuelo lo castellanizó.

—¿Quizá por evitar persecuciones, cuando el revuelto período napoleónico?

—Desconozco la causa; pero esa no debe ser. Los primeros políticos del linaje, fuimos nosotros. Por cierto que se conserva en archivos y

bibliotecas un folleto, impreso en Nueva York, año 1868, *Vindicación de los cubanos atacados por la Revolución*, el cual asegura cómo nuestro padre, en la agonía, entregó a mi hermano Julio un rifle, obligándole a juramento para que luchara sin tregua con él, hasta conseguir la Independencia patria; y ello es imaginario. Mi amor a la verdad histórica, me lleva a negar tal gesto, que fuera de soberbio romanticismo.

.....

.....

Largo, muy largo tiempo, duró su conversación en discurso, pletórica de anécdotas, intensa, múltiple, subyugadora, de una aristocracia verbal que aun a las cosas corrientes arrancaba facetas de interés, sutilísima, lírica, epigramática...

... Aprovechando un descanso, la voluntad para cumplir especial encomienda, traicionó al espíritu que gustaba encantado de aquel derroche de improvisaciones, viniendo así a mis labios la fórmula:

—¿Qué hubiera usted querido ser? ¿Qué quisiera usted ser?

Sanguily mostróse extrañado y como esquivo.

Mas, después, tras explicarle el caso, subrayó sonriente:

—Un modo de la actividad humana; aplicarla a algo. Ahora es a un retorcimiento de literatura original. Está bien. Usted conoce aquello de que en el empleo de energías vale lo mismo medir los astros y plantar lechugas. Por lo pronto, me hace pensar en lo que nunca pensé que pensara, forzándome a decirle algunas majaderías, de las cuales quizá luego me arrepienta...

... Yo he nacido en una época de transición, turbulenta, abrupta. Todo se discute, todo se niega. No existen esos sistemas filosóficos que alcanzan el asentimiento de numerosos pensadores; no hay orientaciones fijas en arte; no hay grandeza en política. Cierta individualismo estéril ha estancado el avance de las ideas en la vieja Europa. Gouyod estudia el fenómeno, señalando a Taine, Renán, etc.; llégase al pragmatismo dominante en los Estados Unidos, especie de tendencia místico-espirita. En poesía advierto tal indisciplina, tal indecisión, que me acobarda y desencanta; idos los románticos, agotados los parnasianos, sin crédito los decadentes, no en-



treveamos evolución provechosa y digna; el verso perece en anquilosis. De política, casi vale callar: *monarquismo, republicanismo, anarquismo, socialismo, imperialismo...* ismos vergonzantes, falsos en su mayoría, éste último herido de muerte con la actitud del profesor Wilson, frente al conflicto mexicano. Lo único serio y juicioso de hoy es la Ciencia, que sofrena a la fantasía, que tiene métodos y fundamentos, que marcha rectilíneamente, sin impacencias locas, ni jactancias pedantescas, conquistando al mundo, maravillándole con tantas aplicaciones como ofrece para la realidad de la vida.... ¡Los sabios!...

Me permití interrumpirle:

—Cómo, usted, la encarnación de lo ideal, tachado de iluso, de quijotesco, sembrador de imposibles, con sus *Hojas literarias*, breviario del Arte por el Arte, de la Belleza todopoderosa, ¿usted, va a resultarnos acaso panegirista de la materia, del cálculo, del positivismo, las Matemáticas, la Química, la Electricidad!... ¿Es que pretende asegurarme su pasión por haber sido Laplace o Galileo, Fulton o Pitágoras, Newton o Gutenberg?...

—Hombre, resulta curioso. Su juventud se desborda en asombros pueriles. Rendir tributo a las conquistas del saber científico, no es apostar de nuestro temperamento y educación... Comprendo, sí, la impaciencia que le domina, y voy en seguida a satisfacerla: Yo hubiera querido, ante todo, ser de los gloriosos tiempos de Las Cruzadas. Entonces se luchaba con ardor fragoroso, poseído altivamente de un más allá, envuelto en nimbos de sublime idealismo, muriendo bien consolado, porque se moría por algo y para algo...

—Épico...

—No, cristiano mejor. Más que héroe, monje; Cruzado, en fin. Y batallar incansable, persiguiendo triunfos aurorales. La Cruz y el Estandarte pueden sustituirse... Yo tuve singular fortuna en irme a la guerra libertaria, a la redentora, a la inmaculada jornada del 68, con Céspedes y con Agramonte; y ello, en verdad, me consuela. Hoy los cubanos somos menos dichosos. Vivimos esclavos de preocupaciones mezquinas, llenos de menudas ambiciones, de odios fraticidas, a ras de tierra... Nuestros hijos olvidan la

amargura colonial en que vivieron nuestros padres, y se exponen a volver a ella.

La palabra «hijos» puso resplandores de dolor en la frente augusta del patriota. Él tuvo uno, Mario, muerto al brote de su primavera, quien tal vez contribuiría, en mucho, a evitar la tremenda vergüenza...

—Y quisiera ser multimillonario. Con mi dinero salvaba la gran crisis económica por que atraviesa el país. Ese es nuestro más grave peligro, y pocos quieren darse cuenta de él; al contrario, lo precipitan hasta el desastre con sus voraces anhelos de nómina, únicos por los cuales se vive, se suspira y conspira. Exonerado de tal deber, entonces me retiraría tranquilo a un rincón de la Isla, viendo, lleno de ventura, desarrollarse y triunfar la República, buscando en *El Figaro* hábitos frescos, leyendo sus crónicas, tan modernas e interesantes...

Mi sonrisa florece con su sonrisa, entre irónica e indulgente. Escucho de nuevo.

—¡Le aseguro que todas mis ilusiones las cifro hoy en tener virtud de inventiva para fabricar un simple cepillo más, necesario, patentizarlo, y

darlo a la venta mundial, persiguiendo riquezas!...

Sanguily, claro, no logrará semejante propósito, y de ello debemos alegrarnos. Dicho afán suyo de gloriarse la sequedad de los laboratorios, la victoria ruda, férrea, de mil ruedas dentadas, lo manufacturero, el comercialismo..., es, sencillamente, una manera circunstancial. Él resulta incapaz, no ya para *descubrir* un cepillo, sino también para exponer en serio tamaño embuste de desear fabricarlo. No puede, no, hacerse renuncia de la vida propia, cuando se vive feliz de ella, sabiéndose superior, en medio de la pequeñez moral que le circunda; poseído del *yo*; más cerca de Dios que de los hombres; bien impuesto del destino, por el cual se sostiene entre nosotros... La triple antorcha de su talento, su patriotismo y su austeridad, ha de alumbrarnos bastante todavía... Sobre los convencionalismos y despreocupaciones presentes, él sabrá alzarse siempre — glorioso visionario — para marcar la ruta que conduzca a la verdadera cumbre; allí donde no nos ciegue la vista, hasta hacernos concupiscentes, el oro de las arcas nacionales; ni

las trágicas miserias del ruín ambiente, lleguen a convertirnos en parias de una raza extraña, si fecunda en inventos y sus aplicaciones, falta de corazón para empeño de siglos, como aquel de la Reconquista de Tierra Santa...

Sanguily es, desde luego, muy latino; Caballero cruzado de la Orden de los Idealismos, donde se eleva, por encima de la realidad sensible, el valor de las soñaciones...

De ahí que, antes de marcharme, llamara a su linda nietecita para mostrármela. —¡Ésta—quiso decirme—es mi nietecilla, y estoy tan conforme con ser su abuelo, con *ser quien soy!*...

María Felicia, acariciando los bigotes a lo hidalgos del Greco, de don Manuel, sonreía cristalinamente.. Él puso en sus rubios bucles infantiles un beso autumnal...

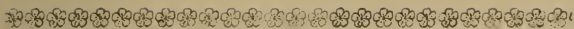


MÁRQUEZ STERLING



MÁRQUEZ STERLING





UÉ el gran Príncipe Othon de Bismark, *Canciller de Hierro*, quien utilizó esta sentencia: «todo diplomático sin talento, acaba en hombre engañoso».

Aceptado el apotegma, Márquez Sterling, único de nuestros plenipotenciarios que se ha hecho sentir como tal, y con trascendencia política precursora de la actitud de Wilson frente al desastre mexicano, tiene un talento más que superior, extraordinario. Seis años estuvo de ministro, y ahora vuelve a nosotros brindándonos la misma confianza de su primitiva fianqueza, de su trato cordial, de su palabra hidalga, de su peculiarísima sonrisa, entre escéptica y bonachona, tan atractiva, tan comunicativa, tan sincera...

... Vuelve a nosotros Márquez Sterling; y

vuelve, sí, tras representarnos a través de América en distintas Repúblicas: la grandiosa Argentina, el ínclito Perú, Brasil civilizado, México luchador. El carácter que ostentaba, ser literato esclarecido, compartir las glorias del hogar con dama de porte aristocrático y fina cultura, el don de gentes innato en su persona, todo, le llevó siempre a los centros conspicuos de cada sociedad, casas principales, palacios de Gobierno; y allí, las suntuosas veladas y las cumplidas recepciones, los bailes de honor y los discreteos de la galantería en pasos de ceremonioso rigodón... ambiente versallesco, de gracia suprema, de noble señorío; cuando no era su indumento el traje galoneado, con *solemne* y *vibrante* espadín al cinto, éralo el frac, abierto en nítida pechera, quizá simbolizando la inmaculada ejecutoria del apuesto caballero lucidor... ¿Cómo, pues, me pregunto ahora, abandonar ese fausto y grandeza, lustre y significación internacionales, para quedarse en el país y aun entregarse a tareas de periodismo diario?... No atinaré nunca jamás a responderme. Pero, de cualquier modo, vaya mi gratitud hacia quien con tamaña gallardía honra

a la *clase*, la dignifica, le ofrece público homenaje en justiciera compensación por el agravio de aquellos burócratas, soberbios y vanos, que alardearon, no ya de su indiferencia, hasta de su desprecio, para el *Cuarto poder del Estado*, cuando éste había cometido el único delito de hacerles y encumbrarles.

Comentando semejantes *cosas*, le intercalé un día el interrogatorio, seguro de lograr discurso cautivador: —¿*Qué hubiera usted querido ser?* ¿*Qué quisiera usted ser?*

Márquez Sterling pensó un momento...

—¿Qué hubiera querido ser!... ¿Pero acaso sabemos lo que fueron quienes fueron?... ¿No correríamos el riesgo, a resultar posible la transmutación en la vida, de retrotrayéndonos a Demóstenes, por ejemplo, y encontrarnos con que el célebre orador griego era, pongamos un hipocondríaco o un enfermo del hígado, querer revertirnos en seguida a nosotros mismos, con toda nuestra pequeñez y obscuridad? Ésto aparte de si existieron o no algunas figuras prominentes del pasado que están en la iconografía actual. Respecto a Shakespeare sabe usted son muchos a

negarle personalidad efectiva, realidad orgánica. Luego nos tropezamos, a veces, con la tremenda mentira histórica, hija del apasionamiento o la improvisación de los *herodotos* que han sido. Nerón no es tal Nerón, aseguran paradójicamente, al parecer, biógrafos modernos, de alta fama y serios; tampoco el Cid Campeador *libró* batallas con los árabes, venciéndoles después de muerto... Y si esto ocurre con los llamados genios del arte, de la decadencia y de la guerra, en su individualidad concreta, ¿qué no ocurriría al tratarse en sentido libre, abstracto, de los colonizadores del Nuevo Mundo, o los Capitanes de los Tercios de Flandes? Gustaríanos quizá vernos envueltos en fastuosos arreos de pelea: la golilla, el calzón corto y abombado, el sombrero de pluma gentil, la espada..., batallando sin tregua por Dios, por la Patria y por el Rey; mas ¿quién responde de la autenticidad de cuanto timbra y aureola el proceder de aquellos héroes españoles *valerosos, activos e invencibles*? Hay páginas en los pretéritos cronicones donde las libertades de un pueblo, de una nación, se cifran en simple desafío personal. ¿Se concibiría, hoy por hoy, a la Enmienda Plat,

dependiendo del lance forzado, en campo del honor, entre éste cubano y aquél *yanqui*?...

—¡Admirable, admirable! — exclamo—. Después añadido: —Bueno, entonces, ¿*qué quisiera usted ser?*

Otra pausa...

—Ser...

Márquez Sterling se mira, socarronamente, largo rato...

—Ser—insinúa al fin—cómico de la legua. Los cómicos de la legua resultan prójimos felicísimos. Bohemios impenitentes recorren la tierra, sin importarles nada, ni nadie; lo mismo les da alcanzar, como histriones, esa consideración que concede la época, o padecer la *levis nota* de los tiempos romanos. La farándula es pintoresca, divierte con sus farsas las farsas de la vida. Finge aquí uno el don Juan, valiente y galanteador; y allí el Otelo, inflamado y celoso; y más lejos un Conde de Albrit, un Rey o millonario... sin siquiera tener el pan de cada día. ¡Oh!... Ha de resultar, créalo usted, harto divertido; y, sobre todo, me figuro sea como muy insuperable recurso para ir tirando y... engañándonos. ¡Que es-

tamos tristes! Pues procuremos al punto un papel de galán truhanesco y afortunado. ¡Que estamos alegres en demasía! Pues a interpretar el infeliz padre místico de Santiago Rusiñol...

Recordé, a propósito, estas palabras del ilustre don Jacinto: la farsa fué siempre de todos y para todos; del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo que siempre sufre, dulcificada por la resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo y por eso sabían reirse del mundo, sin odio y sin amargura...

Los cómicos de la legua—pensé—, ¿no reflejarán esa filosofía, la filosofía expuesta displicentemente por el filósofo Márquez Sterling, que quiere no aburrirse en la *estación desnuda del espíritu?*

Yo ni afirmo, ni niego. Ahora sí: creo confiadamente que el insigne compatriota está llamado a representar diversas comedias...

... En el pequeño tablado de nuestras relaciones internacionales, él aparecerá bien pronto... Y no de Enviado o Presidente de misión extranjera, sino como hombre de Gabinete, el Bryan de

la República. Ningún temor puede impedirme el proclamarlo: Manuel Márquez Sterling es de los escasísimos cubanos bien preparados para los difíciles empeños secretariles, de la diplomacia, ya que aparte sus múltiples estudios, sus libros próceres sobre la materia, su educación especialísima y suma práctica, resulta de los raros hombres que hacen levantar al super-tipo, preconizado por Nietzsche. Juzgo la suya una mentalidad fuerte, encerrada en una recia contextura, armonizando, fundiendo lo anímico con lo corpóreo, el rostro suave, tranquilo, luminoso, de ojos inquietantes y persuasivos, de boca serena y elocuente, de líneas completas que como reflejan a un tiempo mismo cierto placer y cierta melancolía por vivir...

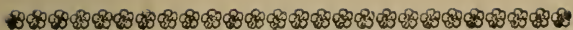




AURELIA CASTILLO  
DE GONZÁLEZ



AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ



O iba mascullando ciertas palabras de Darío, en que el insigne maestro revelara su desencanto al conocer personalmente a la *anticristesa* de «Monsieur Venus», cuando de pronto me quedé como deslumbrado por la seducción: Aurelia Castillo de González alzabase ante mí con la radiosa magnificencia de un milagro...

... Y fué lo primero, por ella, recordar este pensamiento del genio francés, *Emperador de la barba florida*: mucha frente en una cara, es mucho cielo en un horizonte; luego recogí, con la vista, cuantas impresiones da el blanco, para compararlas a su cabellera: blanco de leche cabría, blanco de azucena, blanco de corderillo pascual, blanco de rayo de luna, blanco de ar-

miño..., ninguno parecióme tan noble como aquel de las hebras gloriosas, corona de majestad sobre la sien de nuestra poetisa; después me fijé en sus ojos, de un azul muy suave y cristalino, que sólo he podido descubrir en la túnica de las concepciones de Murillo, en las turquesas, en los cielos primaverales y en el mar, donde se reflejan o de quien toman el color purísimo; en seguida, ya, miré su boca, filtro hechicero por el cual salían, en hilo de prodigio, las palabras, nunca más limpias y pulidas; miré sus manos leves, lánguidas, cansadas, así el vuelo de la paloma del diluvio cuando retornaba al arca con la rama de olivo; miré su cuerpo todo, envuelto en amplio traje gris-perla, sereno, augusto, dominante, con ese porte, en fin, de dama rancia por su alcurnia, timbrada de abolengo, hecha a la quietud solemne que pedía Velázquez para aquellos retratos inmortales, Corte Rey Felipe y opulento señorío...

La dije:

—¿Usted sabrá?...

—Sí—responde—. Y añade: por cierto que semejantes preguntas me llenan de comprometido

interés. Nada, acaso, tan difícil como la sustitución *in mente* de la propia personalidad por otra personalidad. Pienso en los nombres de Newton, de Wáshington, de Colón, de Agramonte... (creo que su fantástica inquisitoria no prohíbe el trueque de sexos); pienso—sin salir ya de mis faldas—en Juana de Arco, la salvadora de su patria; en Gertrudis Gómez de Avellaneda, la poetisa más grande de todos los tiempos; en la Condesa de Pardo Bazán, admirable estilista; en Enriqueta Beecher Storve, de tan grande influencia, con su libro *Uncle Tom's Cabin*, para la abolición de la esclavitud de los Estados Unidos; en Luisa Michel, alma infinitamente piadosa, a quien pueden aplicársele (salvo lo de cura) aquellos versos de Campoamor:

El cura del Pilar de la Horadada,  
como todo lo da, no tiene nada.  
Para él no hay más grandeza  
que el amor que se tiene a la pobreza.

Yo admiro en grado sumo a tales personajes históricos, y también a otros muchos; es más: les

amo, sintiendo que me sube a la cabeza, como si fuese champaña, el orgullo de la especie; pero al hacer el cambio, al decir a cada cual: «Quítate tú para ponerme yo» (como se hace para tomar puestos públicos), entonces, no me es posible considerarles siquiera; no puedo lastimar la memoria de mis padres, herirles profundamente—si en el mundo donde moran pudieran impresionarse—mostrándome deseosa de haber sido o ser, antes que la obra de ellos, la de otros progenitores, por excelsa que sea, desdeñando la suya modestísima, pero suya, exclusivamente suya, que les hizo tan felices cuando la vieron surgir a la luz de la vida; obra cuyo desarrollo contemplaron deleitados, día por día, cuidándola con afán, con zozobras indecibles, como si hubiese sido una mariposa, a cualquier contacto deshecha; esta obra, por la cual no escatimaron sacrificios, bendiciéndola en cada instante, con su voz, con sus miradas, con sus sonrisas, con incesantes pensamientos. No, señor Fernández Cabrera, yo no puedo hacer lo que usted me pide... Yo, por esa misma razón de enternecida gratitud, no he debido ser suicida...

—Pero...

—¡Oh!, no se contrarie. Si, por un momento, perdiera su apacible condición, y me gritase puñal en mano: «O hacer las elecciones... (las elecciones de que tratamos, no las batallonas) o hacer las elecciones o la muerte», le respondería en el acto, estoy segura de ello, con otro grito del alma: «Espere usted, voy a decirle: Hubiera querido ser mi madre. Quisiera ser... ella misma.»

La voz de doña Aurelia, entonces, pareció empañarse por tremante emoción, mientras sus pupilas—heraldos del alma—tomaron un tinte de negra amargura.

Me atreví a insinuar:

—Recuerdo con devoto amor florece en melancolía.

—Es que la he visto y sentido rozarme la piel, sacudiéndome en escalofrío...

—¿Espírita?...

—De ningún modo. Sería locura tremenda rechazar la quimera de cualquier religión positiva, para aceptar otra quimera menos comprensible aún. Ver es creer, según nos enseñó el filósofo-apóstol; yo nada he visto, nada creo. Estoy des-

poseída de la fe, siendo por ello, quizá, que me refugie en las virtudes de la tierra, por mitigar mi desencanto. Ahí tiene explicado el homenaje que dediqué al principio, con Newton, y con Wáshington, y con Colón, a Juana de Arco y Luisa Michel, pues si una fué vibrante encarnación de patriotismo, la otra resucitó el primitivo esplendor de la caridad, preconizada en el sermón de la montaña, al punto de devolver a Víctor Hugo los auxilios de dinero que le enviara condicionalmente: *¡para ella*, cuando ella alentaba tan sólo por y para el prójimo!... Esperar en el más allá... es torturarse, vivir en perenne dolor, consumirse en místicos anhelos... Respetemos los arcanos ultraterrenales, pero buscando la tranquilidad en nosotros mismos, en la paz de la conciencia, esa fuente encantada donde hallaremos un día de perfección, la otra gran paz, la paz de los hombres, paz universal...

.....

Mi corazón aquí, tras el panegírico de soñado evangelio, sintióse como poseído de un plácido embeleso de insospechado bienestar; y ya, cuando al marcharme, me acerqué de nuevo a la mag-



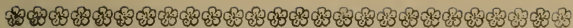
nífica autora de *Trozos guerreros y Apoteosis*, *Fábulas y Cuentos de Aurelia*, tuve hasta ganas de besarle, con beso de rendida adoración, su testa venerabilísima, de apostólica santidad laica, cuyos finos cabellos me parecieron ahora, bien alada bruma de misterio, bien alba enseña de humanas fraternidades, nuncio de la ansiada que, por los siglos de los siglos, venimos persiguiendo en este planeta del dolor y de la miseria...



BARRAQUÉ



BARRAQUÉ



CUANDO hacemos esperar a un visitante en nuestro despacho, ignoramos casi siempre que está verificando nuestra «disección espiritual».

Sutilísimo aserto, pensé tras la lectura de tales palabras expuestas por filósofo de la época. He aquí la clave del problema tan enredado, tan abstruso, de la psicología humana: deducir la idealidad de las personas, por la realidad de las cosas que les rodean; desentrañar el misterio, la maravilla de nuestro mundo interior, con el simple examen, a roce de mirada, de cuanto se aprecie como reflejo objetivo de uno mismo, en sus gustos y sus tendencias... Pensé así, y dime a la búsqueda de casos experimentales. Hoy ya fué el último con Barraqué.

Mientras le aguardaba, púseme a hacer el estudio minucioso de su prócer bufete de abogado, por cuyas paredes, de tono verde seco y ocre, penden óleos y acuarelas, bajo-relieves y más obras plásticas; en cuya biblioteca principal, de regia anaquelaría, se encierran muy insignes volúmenes; sobre cuyas mesas y estantes, donde manos de experto ebanista dejaron primores de ejecución, resaltan múltiples detalles, si menudos, propicios para el trabajo de un observador. Fácil me pareció descubrir, por todo, singular predominio emotivo—digamos cierta preferencia napoleónica—. Allí *La carga de los Coraceros* y *Retirada de Moscow*, de Messonier; *En el Cautiverio*, de O'Rexe; *La Cabalgata de la Gloria*, de Detaille, y este pasaje Girardat: el Emperador, jinete en grosero dromedario frente a las Pirámides de Egipto, pretendiendo descifrar con su mirada inquietante el enigma de las efigies faraónicas... Luego, de libros trascendentales, *Cartas a Josefina*, *El Consulado y el Imperio*, *Rey de Roma* y *Duque de Reischtadt*, *Memorial de Santa Elena*; el ciclo completo de Bonaparte, la historia de su vida epopéyica... Y en bronce, en yeso, en plata,

en marfil, estatuillas y «maquettes», atributos y reliquias «auténticas»; mucho de cuanto las artes y el industrialismo, a través de veinte lustros, han producido para explotar la curiosidad universal hacia tal genio épico, si grande en Austerlitz, grande en Waterloo, grande en la desolación de su destierro.

Llegué, en verdad, a creermé poseedor del secreto-respuesta que Barraqué daría al punto inicial de mi interrogatorio:

—Napoleón.

Imaginad el sacudimiento, mezcla de asombro y desconsuelo, que recorrió mis nervios al escuchar bien pronto en sus labios esta frase:

—Oígame y créame. Hubiera querido ser segundo teniente del Ejército Libertador, y quisiera ser... la natural consecuencia: un veterano.

Iba a oponer algunas tímidas consideraciones, pero me lo impidió con la fuerza de este cálido alegato:

—Amo a Cuba tanto como el que más la quiera, y gusto de la política como el que más la guste. No puedo, sin embargo, decir lo primero, ni enfrascarme en la segunda, por falta de autori-

dad. Yo fui un pacífico, aunque no hojalatero; y quienes eso fuimos estamos condenados a poco menos que a *perpetuo silencio*. La gente se escama de nuestra protesta de amor a la República, y apenas si es lícito alcemos la voz. ¡Figúrese usted mi contrariedad por culpa de no haber sido teniente a la sazón y veterano en la hora de ahora!... Fuera cosa de oirme, se lo aseguro, y paréceme—perdone el pecado de inmodestia—, le prestaría muy buenos servicios al país, siendo éste para mí el supremo ideal que debe perseguir el hombre. Es menester, pues, que salga satisfecho con sólo lo dicho. Si siguiera hablando correría el riesgo de la horca, y maldito si me seduce la perspectiva de tamaño contratiempo. De haber sido teniente, si fuese hoy un veterano, quizá tampoco comulgaran con mis opiniones algunos compañeros de armas; pero éstos fueran ciertamente muy pocos, y de cualquier modo, si ellos tuviesen poder, me fusilarían *con todos los honores*; lo que siempre, aunque leve, es un consuelo.

Mi espíritu sumergíase cada momento en hondo mar de confusiones. Aquel discurso era tan



sólo escape de discreto humorismo—medio de decir las verdades crueles, en forma aterciopelada—, comentario frívolo y formidable a un tiempo de la vida nacional; narración interesante, sí, pero sin el más sencillo asomo de *algo* que me explicara sospechado napoleonismo, los dormidos impulsos de audacia, de valor, de heroicidad y de tantas activas virtudes exaltadas en el *Idolo* por el conjuro de Marte.

No pude resistir la inquietud, y cortándole iniciado panegírico a la República y proezas del Libertador, reclamé socarronamente:

—¿Cómo armonizar su culto a Bonaparte, con el retrainimiento de la manigua?...

—Resulta donosa la pregunta, y voy a corresponderla—me dijo—. Yo he sido, y soy, hombre de paz, hombre civil... Un cliente, hace muchos años, me regaló esta *cabeza* del gran guerrero, que aproveché como pisapapel. Tal figura, gallarda y aun bella, atraía las miradas curiosas de los asiduos al despacho. Juzgaron algunos que me inspiraba devoción el personaje histórico y vinieron los presentes *bonapartistas* en fiestas onomásticas y de aniversario, terminado tal o cual

pleito, por ésta o la otra artimaña de politiquilla al vuelo. Yo, claro, no queriendo desengañar a nadie, quebrarle al prójimo una ilusión más, me mostraba efusivamente agradecido por los obsequios. Después, al marcharse quien me los hiciera, dábame a reír pensando en semejante comedia representada de por fuerza...

—¿Entonces, a usted, Napoleón?...

—¡Maldito lo que me seduce!... Y rió con estrépito.

Interiormente tuve la sensación física del desastre. Algo se había roto en mí, alzándome de nuevo ante los ojos doloridos, la espesura del arcano anímico que cada otro ser encierra en lo abscóndito. No—pensé ahora—, esa *dissección espiritual*, que escribiera Zozaya, seguirá siendo una dulce mentira. Agudo juicio el de Theophilo Braga, comentando al Quijote: «La realidad del mundo exterior nada enseña en relación a la subjetividad individual.»

—¡Contradictorio!—insinuará alguien.

—Está bien—le respondo—. Mi única defensa ha de ser sonreír... ¡Sonreír con sonrisa medio escéptica, medio burlona!...

CHOCANO  
Y GONZÁLEZ BLANCO

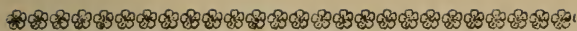


CHOCANO



GONZÁLEZ BLANCO





**Q**ON motivo de la tragedia mexicana, que ni aun la propia imaginación esquílea superaría en fastuosidades de sangre y exterminio, Cuba, la Habana más bien, hase convertido en tierra de refugio, lugar avisor, centro de nobles conspiraciones contra la asesina dictadura del tirano Huerta, quien con su nombre, tan breve como plebeyo, ha de abrir un otro capítulo en la fulminante obra del panfletario Vargas Vila.

Literatos y diputados; hombres de la diplomacia y caudillos del Ejército, con vergüenza; gentes de las industrias y el comercio; periodistas; hacendistas; obreros, en caravana de dolor y rencor—nunca como ahora disculpable—llegan y conviven entre nosotros, protegidos por esa

limpia e hidalga hospitalidad que heredáramos de la nación progenitora, en tal terceto simbolizada a maravilla:

... Porque el amor fecundo  
con que la Reina al niño le dió su seno un día,  
fué el mismo con que España le dió su seno  
al mundo.

José Santos Chocano y Pedro González Blanco, dos arrogantes figuras representativas del américohispanismo, destacan con singular peregrino relieve, en el éxodo, siendo a propósito de ellos que voy a escribir estas líneas, si ligeras en su brevedad, francas en su admiración—algo así como poner un leve comentario al margen del Quijote, pues las vidas de tales grandes y buenos amigos, por complicadas, por turbulentas, por de muy caballeros andariegos, servirían para completar nuevo y donosísimo tomo del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Uno y otro, desde su arribada al país, realzan cada noche la tertulia bohemia que de tiempos pretéritos venimos sosteniendo en la ancha plaza



central, de Martí. Chocano preséntase indefectiblemente el primero, con su apostura de D'Artagnan, sin guías en el mostacho—por gesto alcibiadesco—. Apenas le columbramos desde lejos, cualquier escarceo oratorio de los nuestros, ésta o aquélla improvisada teoría respecto a lo necesario del duelo—recurso de personas honestas para evitar riñas carretoneriles, según Lavedán—o a lo trascendental del wagnerianismo, o a lo bárbaro de la rumba criolla, se aquieta, desvanece, para preparar oídos a las bellezas y audacias de intelecto que él nos promete, asaz distintas, en verdad, por intención y fuerza, a las más tarde recogidas de boca del ex profesor ateneísta matritense.

Charla Santos Chocano, y charla siempre de viajes estupendos historias funambulescas, nirvanas misteriosas, paisajes de prodigio y ensueño... Recuerda al indio ancestral, y le canta con Caupolican; siéntese español, y desgrana el milagro de un soneto a la magnífica Isabel I, diciendo luego de su honda melancolía porque no exista el amado Imperio del Perú, donde junto a duro Virrey, gobierne al pueblo, borrachò de la gloria

del Sol, la dulce Reina Inca. «Romanticismos de que nadie se libra en estos tiempos.»

Cuando él calla, alguno de los presentes aventura frases propias, relativas al arte o a la guerra, tópicos de actualidad; tórnanse a hacer malos chistes de madrileñísima agudeza... importada; tal cual joven poeta comete la osadía de recitar sus trovas bajo la luna, que, según Unamuno, presenta ya indicios de bascas y náuseas, por indigestiones de gansadas copleras. ¡Vibran, súbito, los gritos agudos y confusos de típicos vendedores nocherniegos, pregonando tamales, frituras, chicharroncitos, deshaciéndose al punto la concentrada atención, para, entonces, cada uno observar bien a las luminarias del Polytecamá, anunciadoras del suave Cinzano, o de las excelencias del ron Bacardí, bien a los míseros «habitantes» rendidos sus cuerpos exhaustos en los bancos hostiles, bien, en fin, a las infelices mujeres deambulatorias, mariposas negras, ofrenda del vicio, que pasan rumbo a las posadas fáciles del amor, o a las amargas orgías del café con leche!... Viene aquí un paréntesis de «filosófico» silencio.

Después, a poco, casi en seguida, nuestras férricas sillas chirrían sobre el asfalto del Parque; se abre espacio para otro asiento de más en el círculo de la camaradería; nos llenamos, todos, de especial agrado; prorrumpimos en este saludo unánime:

—Caballero González Blanco.

Él llega. Parsimoniosamente corresponde al agasajo; parsimoniosamente toma sitio céntrico; inicia, parsimoniosamente, su labor de «caus-seur» ameno, bien documentado, cosmopolizado por correrías mundanales. Acertando, de manera gentil, a aligerar el saber con la frivolidad; quitándole audustez a ciertas materias con toques de fino y oportuno humorismo; ofreciendo obra de didáctico con ropaje de colorista; reclamando al concierto del escuchar el desconcierto del reír, por un relato que cautiva y enseria tras anécdota de Carreño o invocación quevedesca, siglo xvi.

De esta manera corren una, dos, hasta tres horas, de la madrugada. El desfile de impresiones es vario y fastuoso; álzanse y cruzan, caledoscópicamente, ante nuestros ojos, vivas imágenes, fidelísimas a veces, a veces descompuestas, de

tipos y de cosas, que palpamos por su realidad. Sintiendo siempre ganas de aplaudir tanto florido ingenio, tanta ática ironía, ya sea ello ante dolorosos sacrificios de firmes ideales, de amigos preferidos, de nosotros mismos. Porque—he de exponerlo ya confirmando lo que insinuara al principio—González Blanco es... la antítesis del ardiente cantor de *Alma América*; es espíritu de incredulidad, de negación, de iconoclastismo.

Y lo curioso extraordinario: aquél crea y exalta, perdona y estimula, con voz fuerte, acento encendido, manos de defender, ojos de redimir, mientras «don Pedro» destruye y aniquila, burla y desdeña, agarra y desjarreta, mansa, blandamente, con frase aterciopelada, con gesto gentil, poniendo en las pupilas brillos amables, denunciadores de un estado psíquico ajeno—pensárase—a las emociones que del alma aparecen nacerle.

En sólo un extremo los dos emigrados de la última patria... adoptiva, pónense de preciso acuerdo: Carranza. Ambos se deben a don Venustiano, al altivo revolucionario forjador de la República del futuro, progresiva y honrada, en

los dominios que glorió el glorioso príncipe Cauahtemoc. Siendo de ver, por cierto, cómo los dos entienden de la fiera contienda, y cómo tratan de planes estratégicos, con conocimiento justo, topográfico y étnico, de las regiones sublevadas. Todo ello bajo un derroche de bélica elocuencia, de ardor, de entusiasmo; ansias fragorosas de represalia a los desmanes huertistas, anhelos cálidos de libertad, de justicia, de democracia, por mexicana reivindicación. Ahora que, tras el vibrante alegato de carrancismo, de voz de raza, en aquellos momentos dominándoles, inflamándoles, sus bigotes poenianos tiemblan un poco, risueñamente.

De ahí el interrogarme yo, lleno de perplejo interés: Chocano y González Blanco, ¿son, acaso, dos ilustres espíritus quijanos, espejos de sinceridad, o son, tal vez, dos ilustres almas decepcionadas, admirables *posseurs*?

Nadie lo sabe, ni lo sabremos nunca, tampoco. Pero, eso sí, presumo de haber atinado con esta rápida vivisección, en lo que al carácter les respecta. Leed, para confirmarlo, la correspondencia de uno y otro a mis pares preguntas:

Chocano: —¿Qué hubiera querido ser? El Libertador de las Américas. —¿Qué quisiera ser? Su organizador. —Una misma canción que podía titularse: *Aremos en el mar*.

González Blanco: —Hubiera querido ser Torquemada o Nietzsche. Y quisiera ser un remedo de Dios Vulcano, ultravengativo, demoledor, feroz...

¿Lo véis?...

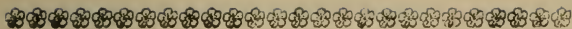


RIVERO



RIVERO





E aquí un hombre a quien hemos de odiar con rabia o querer con efusión. En su vida, jamás habrá inspirado otras pasiones intermedias, esos sentimientos flojos o pasivos: la indiferencia, el desdén. Impuesto, sin duda, del tremendo ultraje de Alighieri, ante el Infierno, a los infelices seres de que el mundo no guarda ningún recuerdo: *non raggionam di lor ma guarda e passa*, procura siempre merecer alabanzas o vituperios, labrando así en la Tierra su derecho a la misericordia de Dios o la justicia de Satán, en el día fatal de la muerte.

Por eso no pudo parecerme más justa y sincera, más e'ocuente, su respuesta al primer extremo del interrogatorio.

—¿Qué hubiera usted querido ser, don Nicolás?

—Yo hubiera querido ser... jesuíta.

—No se hallará en todo el Universo—me dije— Orden, Asociación o Regla, que cual la Compañía de San Ignacio, haya causado tantas y tan formidables controversias, defensas abnegadas hasta el martirio, y ataques crueles, dicterios y difamaciones; ella, si hoy acreedora al consenso pío, denostada un tiempo por Clemente XIV; vanguardia de la Ciencia, para algunos, con insignes sabios que asombran a la Humanidad desde Laboratorios y torres astronómicas; centros, para otros, del obscurantismo, y de la intolerancia, y de la opresión, mantenida sobre la capa del planeta por millones de frailes astutos, egoístas, perversos, enemigos de la propia doctrina de Cristo, con un loco afán terreno por honores y por riquezas...

¡Jesuíta!...

Una vez más fijéme bien en Rivero. Su tipo, bajo el indumento de persona moderna, muy pulcra y atildada, parece, sí, de los que se encuentran a través de las hagiografías; tipo de asceta, de eremita, contemplador de crucifijos, practicante de vigiliass; envoltura corpórea para ánima

mística: un San Francisco de Asís, o el barón de Arimatea. Aquella voz suya, dulce, plácida, casi imperceptible, está hecha a las plegarias, a los rezos; conoce mucho su rostro, sereno y beatífico, de transportes y de embaimientos, frente a hornacinas milagrosas, o en recuerdo de misterios del Cielo; sus manos, en fin, aquellas manos largas, afiladas, huesudas, que tiemblan un poco. blandamente, saben, desde luego, de los enco!ogios y de los rosarios, de la señal de la cruz y el golpe de pecho.

Sin embargo, don Nicolás aparece sobrado mundano... ¡Se ocupa con manera tan terca y cruda, tan terrible, de las baraundas políticas, de los actos del prójimo, menudas intrigas, hinchadas vanidades, pobres miserias!... Ahora ello tiene su explicación: la necesidad de vivir, y vivir para y del periodismo, voráGINE donde caen, ruedan y se confunden cuantos vicios y virtudes alienta el espíritu humano. De no haber abandonado su seminario, de ponerse hábito negro, de Loyola, quizá sería en la época nuevo Borja, Visconti o Aquaviva, que nadie, ni sus rudos enemigos, dejan de reconocerle temple vigoroso, ta-

lento audaz, cordura reflexiva, y esas singulares cualidades para el mando fuerte y la rígida disciplina.

En el mismo *Diario*, la gran empresa que dirige, puede confirmarse. Durante la hora de mi estancia en el despacho de gobierno, acudieron a él cuatro... seis redactores, el caricaturista, el fotógrafo, los conserjes, y todos escuchándole con reverencia, le obedecían pronto y sin réplica, al modo que han de hacerlo los Reverendos Padres con el Preósito General. También quiero exponer cómo por varias veces, a solicitudes especiales, ordenó limosnas de cuantía, prenda de magnanimidad, de buen sentir, de nobleza cristiana, frente a los sufridos de la indigencia...

¡Que es un retrógrado, un anticubano, español falaz! Él recibe las acusaciones, y sonríe... cuando no dispara, desde la catapulta de sus *Actualidades*, piedras y saetas que a los adictos antójansele mortíferas para el adversario.

Cree en el más allá, y con ello justifica su rancia devoción; le brinda calor la República, ha dado a ella hijos *mambises*, y está satisfecho; España le manda, por el Consejo de ministros, por

el Rey, cruces y títulos de excelencia, y siéntese feliz...

Le pregunté:

—Bueno, ¿qué quisiera usted ser?

—Eso, ya, lo que soy. Al enviudar, estuve algo indeciso entre seguir bajo las redes hogareñas, contrayendo segundas nupcias, o acogerme decididamente al amor divino en carrera eclesiástica; me casé, y aunque hoy, a la madre de mi prole abrahánica, le digo que si ella muere me hago cura, eso no sucederá; es una sencilla broma. Yo disfruto la relativa dicha que puede gozarse en nuestro valle de lágrimas; tengo en la conciencia la dulce paz del deber cumplido; espero la futura recompensa, confiadísimo. Si miro hacia el pasado, no me arrepiento de nada: con quince años apenas pronuncié mi único discurso, a raíz de la Revolución septembrina, defendiendo como católico, en la juventud del partido tradicional, el Santo Oficio, no el mistificado en trágica leyenda de tormentos y hogueras, sino aquel necesario para evitarle a España en el siglo xvi las terribles guerras religiosas de Europa, y en análogas circunstancias haría otro tanto. Llevo junto al en-

trecejo señal gloriosa que algunos juzgan estigma infamante: la del cabillazo, por defender la justicia...

No ignoro, claro, que son bastantes, y porfiados, mis detractores; pero mucho mayor es el número de quienes sabiéndome puro de intenciones, abierto de mano, me buscan y agasajan, al punto que, en veces, de tan cariñosos y efusivos, agobian. Cuando fuí a Asturias, por ejemplo, abrigando la idea del descanso, fué tan extraordinario el ajetreo de banquetes y giras, y homenajes, que enfermé; y recientemente, en Amaro, la temporadita veraniega la pasamos de acogida en acogida, de palma en palma. Por lo demás, vea usted: anciano, barbiblanco, malo de salud, sin fortuna... y no obstante, me encuentro un poco altivo, burlón, algo iluso, hasta optimista...

Altivo, burlón, iluso... Me lo expliqué de manera perfecta con las figuras decorativas del gabinete donde trabaja don Nicolás: Dante, Mefistófeles y el caballero de la Mancha. Cuanto al optimismo, allí estaba también un retrato de *Collin*, nieto travieso y adorable, de ojos angélicos,

de pelo áureo, de vocecita gentil tras los balbuceos infantiles, que ya Zozaya escribió en intensa crónica: «Hay algo a cuyo calor las nieves se trocan en manantiales de vida, y la vida torna a surgir: el corazón de un abuelo.»

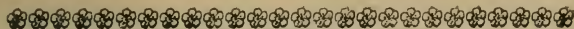




ARMANDO MENOCA



ARMANDO MENOCAI.



**D**ECIR músico, pintor, poeta, intérpretes de la Belleza en su más alta gracia de inmortalidad, es, por fenómeno singularísimo, representarnos a tales tipos, *divinos elegidos de las musas*, que se mostraban al mundo con el prestigio de los rasgos externos, siempre en transporte de inspiración, coronada la frente bajo la cabellera del ensueño, pintorescos, artificiosos, exaltados, románticos...

De ahí mi desencanto al conocer a Armando Menocal. Él, tan alto y tan fuerte, de rostro anguloso y aun rudo, de acción resuelta y palabra briosa, con el pelo amadeo y traje y maneras a la criolla... más bien que pintor me pareció industrial o hacendado. Luego, casualmente, rindiéndonos al *succés* del día, el inicio de nuestra

charla fué a propósito del campo, los ingenios, la riqueza económica... Allá en Morón, un primo suyo, administrador de extenso negocio cañero, vive ahora amenazado por Solís, audaz mulato que resucita los esplendores de aquel Manuel García, corpulento y barbudo, como héroe de conseja.

No es sed de sangre y de muerte lo que le sostiene en la manigua, aventura Menocal; es empuje atávico; su espíritu de lucha templado al rojo vivo, burlador de los fueros de la razón y de la justicia, amando esos arrestos de lo maravilloso, con mucho del romanesco idealismo, así los bandoleros reyes de Sierra Morena, por España. Ni mata, ni viola, ni atropella a guajiros míseros; secuestra gentes de capital, y les exige rescate, o simplemente demanda dinero, so pena de mover a inquietudes...

Tras este y otros comentarios—brava guerra libertadora, viajes al extranjero, lecturas literarias...—, poco a poco, fuí comprendiendo que el alma, a veces, no guarda relación con las líneas físicas donde se encierra, con el indumento, *lo primero en parecer*. Estaba, sí, junto a un artista;

artista pleno de juventud y entusiasmos, con notable perspicacia mundana, señor de muy copiosa y bien disciplinada cultura; y ello revelado al vuelo, nerviosamente, sin sonoros discursos, ni *poses* en ridícula suficiencia.

Procuré, pues, conducirlo a sus dominios de la disertación estético. Dije apenas Goya, y el elogio cálido brotóle de los labios como flor de homenaje.

—Goya fué el genio. Su temperamento fogoso, sus ímpetus en desequilibrio, su rebeldía nómada, le alzan por encima de los demás pintores españoles en cuanto a inspiración y energía, a originalidad. Es prodigio de fuerza, de gracia, de finura... Con su *maja* acertó a idealizar la desvergüenza, purificando cualquier inclinación obscena del contemplador... El arte de Velázquez, para ejemplo, es otro; sencillo, austero, magistral. Con los inimitables fondos que Zuloaga, equivocadamente a mi juicio, quiere recogerle; antes nadie pintaba al aire libre, *copiábase* la naturaleza en el estudio, venía ella a nosotros; hoy somos nosotros los que vamos a la naturaleza, pretendiendo arrancarle sus misterios, su grandiosidad; Ig-

nacio Zuloaga, decía, renuncia a la suprema conquista, y finge sabios balbuceos pictóricos, si así puede apreciarse. Me parece que no logrará éste, jamás, de crítico alguno, tal exclamación hecha ante *Las Meninas* por un erudito francés: —¿Dónde está el cuadro?—ella, la excelsa diafanidad, el verismo de la inmortalizada tela velazqueña...

En el momento creo sea Sorolla el primero entre los primeros coloristas de la raza, por su preciso conocimiento de la luz, por su vigor de pinceles, que parecen azotar los lienzos, empapados en rayos de sol. Hay Chicharro, y Anglada, y La Gándara, y Vázquez Díaz, y los Zubiaurre, gloriosa pléyade; mas el insigne levantino no admite parangón.

—¿Y de usted?...

—¡Oh, nada! El retrato *oficial*. Y eso acabándole de memoria. Nuestros hombres de Estado no tienen... tiempo para dejarse reproducir. Por lo demás, nadie se ocupa aquí de la pintura; es arte inútil, totalmente. Dos solas casas hay decoradas en toda la República, *casas* multirricas. En una, la de Rosalía Abreu, traté de exaltar episodios revolucionarios: *La Batalla de Coliseo*, *La*

*Batalla de San Juan*; peregrinas batallas en que no vibra la nota bélica, agresiva, de parte a parte. Paul Adam, en *Vie Américain*, refiere tamaña rareza. El eximio escritor, al paso para los Estados Unidos, estuvo hace años en el Palacio de Palatino...

... Recientemente, ahora, acabé un paisaje: *El amanecer del sitio*. A mí me encanta, me subyuga a los panoramas agrestes, cuanto tenga sabor geórgico, sabor aldeano... Anhelaría retirarme a un bohío, gustar la *descansada* vida, loada por el gran lírico Fray Luis. El dedicarme a *retratismos* es por conveniencias momentáneas, inevitables; prefiero, con franqueza, la pintura mural, de motivos mitológicos, aunque no simbólicos en su agudo sentido. Tengo a *Dafnis y Cloe*, *La Bacante*, *El Romance*, *Las Cortes de Amor*...

Yo recordé los *panneaux* que ilustran el aula magna de nuestra Universidad: *El Pensamiento*, *Las Artes Liberales*, *La Medicina*, *El Derecho*, *Las Letras*. En éste destaca un Ovidio, modelo de gallardía varonil, altivo e inquietante, como recitándole sus musicales odas a nobles matronas de la época augusta...

La tarde se entraba lentamente... En el jardín del ligero *chalet*, una lluvia menuda iba poniendo sus gotas perlinas en rosas, violetas y margaritas. Por el cielo, de azul triunfal, corrían blancos celajes. Hubo leve *frú frú* de gasas galerías acá, hacia el parterre donde estábamos; y, súbito, apareció dama gentil:

—Mi señora—insinuó Menocal.

En seguida, ya, tras los saludos ceremoniosos, rúbrica de galantería, vino la femenil inspiración. Las palabras se frivolizaron, ganando en finura y limpieza. Ella, con ultraamable acento, subrayó lindas cosas respecto a las Bellas Artes. Hizo memoria de milagrosos versos, *siglo de oro* e influencia Rubén; sonriendo amorosamente para descubrir que su esposo había cobrado mucho empeño por componer... un soneto!!

—Que no me sale—adelantó él, con cierta irónica melancolía—, como tampoco ha de salirme una serenata, un nocturno, un vals...

Después, rápidamente, exclama:

—¿No iba usted a preguntarme *qué hubiera querido ser, qué quisiera ser?*

—Sí—contesto.



—Pues eso, diga usted eso: músico, poeta...

—¿Y pintor?

—Pintor, malo o bueno...

—Comprendí.

Pero ved que entonces, al conjuro de los brujos vocablos: *poeta*, *músico*, *pintor*, sin poder remediarlo, pensé de nuevo en Rodolfo, y en Schau-mard y en Marcelo...

Es que Murger, con su *Boheme*, le dió esta fuerza representativa a los *enfermos de ideal*, y la expresión—símbolo—transmitida a través del tiempo, de generaciones en generaciones, se ha hecho inmutable, como se hará eterna; prende en nuestra fantasía; nos lleva a desabridos desengaños cuando creyendo encontrar la figura marcelesca—pongamos por caso—vemos que la realidad ambiente, muy prosaica y muy cruel, ha acabado con los atavíos ostentosos: corbata desbordada y chillona, ancho fieltro, pipa ligera y humeante, y ese desgaire, superior abandono, sin el cual cuesta un gran trabajo concebir al hombre en comunión con los Dioses...

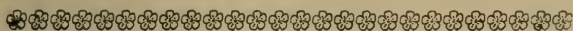




LUCRECIA BORI



LUCRECIA BORI



**S**U diestra finísima, blanca y palpitante, posó en la mía con muy gentil desmayo; me clavarón sus ojos una mirada negra y aguda, escrutadora de almas; sonriéronme sus labios bajo rojo mohín, cuando, al pronto, por la discreta percepción de mi tendencia a interviuvarla, abriendo el surtidor milagroso de su garganta, oculto tras la gracia impóluta del cuello, sin aguardar a pregunta alguna, dejó salir en chorro perlino las palabras fáciles, menuditas, cantarinas, rotas con la dulce coquetería de elocuente impresionabilidad.

—¡Oh!, permítame usted que le diga, sobre todo, y al instante, cómo reproduciré siempre en gloria del espíritu el efecto arrancado a mi temperamento por el público habanero, visto desde

la ancha escena en Payret. Fué mágico. Aquellos lucidos grupos de mujeres fastuosas, chispeándoles miradas y sonrisas tras el ris-ras de los abanicos, leves como caricias, mujeres ceñidas cada una a la cabeza por el triunfo helénico, azabache, plúmbeo u oro viejo de las cabelleras, y de bustos todas tan bien contorneados, rítmicos, en los varios semitonos de la fresca carne tropical. Después, la línea vasta, pareja, en semicírculo—Casino y Unión Club—, de los ceremoniosos caballeros, luciendo sus impecables fracs, cuyas pecheras, duras y albas, eclipsábanse de rato en rato por el muelle vaivén del pay-pay de guano, típico abalorio del país. Y luego arriba, arriba, en las redondas graderías de la tertulia, la multitud de pueblo, apretujada, anhelante, clamorosa: cabezas y brazos en visión dantesca. Sí, francamente, raras veces me había hallado presa de emociones tan intensas y tan complejas, al punto mismo de que apenas subrayada por la orquesta la música del sumo Puccini en las arrobadoras embriagueces de *Manon*, abandonéme como a dulce embaimiento, hondo transporte, no sentido entusiasmo, cantando, cual nunca, la

adorable ópera, que si carece, ciertamente, de vibrantes escalas, cambios bruscos de armonía, largos gorgoritos y profundos lamentos—victoria segura para las cantatrices—, encierra un algo de buena fortuna...

—¿Su favorita, entonces?

—No y sí—replica con muy gracioso titubeo.

Añadiendo, llena de esa simpática superstición en boga:

—Es que soy cabalista. Creo en los secretos designios. ¡Y me trajo tanta suerte el interpretarla, con Caruso, para debut en el Metropolitan neoyorquino! Rigurosamente carezco de preferencias exclusivas en mi arte, si bien gusto con singular «amor» de las obras de doble fuerza artística y musical. Quiero «sentir» con la voz y con el corazón, posesionarme, expresándolo en el canto, del amor y del dolor, de la vida y de la agonía, de la ilusión y el desengaño, la indiferencia y el frenesí, la piedad, el desdén, luchas y locuras, recorriendo en el desbordamiento de las notas, la gama completa de matices anímicos, bajo sincerísima emotividad.

Como anhelaba brecha para la encuesta, aun a

trueque de parecerle descortés, desvié el cautivante circunloquio insinuándole:

—¿Su tierra de nacimiento será Andalucía?

—Cá, cá—replica instantáneamente, enojada por mi confusión—. Yo soy de Valencia, de Valencia, la magnífica capital mediterránea. Por cierto que muchos cronistas españoles, de pluma fácil a las amables galanterías, aprovechan ese rico origen para urdir frases así: Bulle en sus venas la savia de las rosas, y de los jazmines de aquellos huertos hesperidios. ¡Valencia! ¡Valencia! es mi amada patria nativa; la patria artística, Milán. Aquí el triunfo fuéme asaz propicio, brindándome, con gran fama de diva, el nombre que uso. Tengo Borja de apellido, pero al dulce idioma de Dante, de Petrarca y Boccacio, dañábale la rebeldía de la *j* fatal, que convertida además por la prosodia italiana a *ch*, traíales al recuerdo las vidas delirantes de aquellos genios de la decadencia, imposible de reencarnar en mi *piccola* figurita.

—Su familia también protestaría...

—Eso no, al contrario. Vendríanos bien para abolengo uno de esos Papas renacentistas, flores



de pecado y de perfidia. Tenemos nosotros por antepasados a santos y a monjas, a rígidos regidores, a bravos militares, a osados aventureros, y —en voz baja lo confesaré—tenemos hasta a asesinos. Mi infeliz madre me contaba entre entristecida y medrosa, que una rama de las nuestras se balanceó por los aires en ráfagas de tragedia cumpliéndose, por el verdugo, órdenes de Justicia Mayor.

Otros momentos todavía hablóme Lucrecia Bori de sus múltiples proyectos, con este modo tan disertó:

—Mi deseo ahora es viajar, viajar, golondrina inquieta. ¡Si sería yo alguna vez golondrina! Iré primero a Francia, el seductor país bohemio de Mimí; en seguida a Suiza, gloria plena de la naturaleza, con sus montañas y sus aires, veneros de salud; después he de seguir a los lagos azules de Italia, a la egregia aldea de Verdi, donde rendiremos tributo de adoración al genio, por cumplirse el centenario de su muerte; y luego retornaréme a España, a mi entrañable España, siguiendo más tarde a Nueva York, acaso a la Argentina, a vuestra Cuba cautivadora.

Han vibrado bien claras, diáfanas, cristalinas, cuatro campanadas. La exigencia arisca del tiempo arañó con ellas mi ansia. Corrían, corrían como nunca, en fiebre ante mis anhelos, las agujetas del reloj. Aplaudí entonces a la sonora tiple sus venideras incursiones, y fijé las preguntas.

Atendiólas mucho, complacidamente, y, al cabo, con altísima comprensión, firme orgullo de sí misma, respondiome:

—Haber sido... la Bori, y ser... la Bori: siempre y por siempre yo; yo...

Lo primero—pensé—está bien; pero empeñarse en lo segundo resulta de verdad muy doloroso—pues ya lo expuso Ingenieros con estilo ultra gallardo a propósito de Adelina Patti, para señalar su insuperable nostalgia de la gloria: El placer del recuerdo es grande; mas es triste haber conocido la supremacía y verse obligada a renunciar sus encantos. Sentirse la misma persona que hace treinta años y no escuchar las estruendosas ovaciones de otrora, leer los mismos diarios y no encontrar nunca aquellos elogios enloquecedores.

¡Y es que piden tanta y tan cálida juventud a

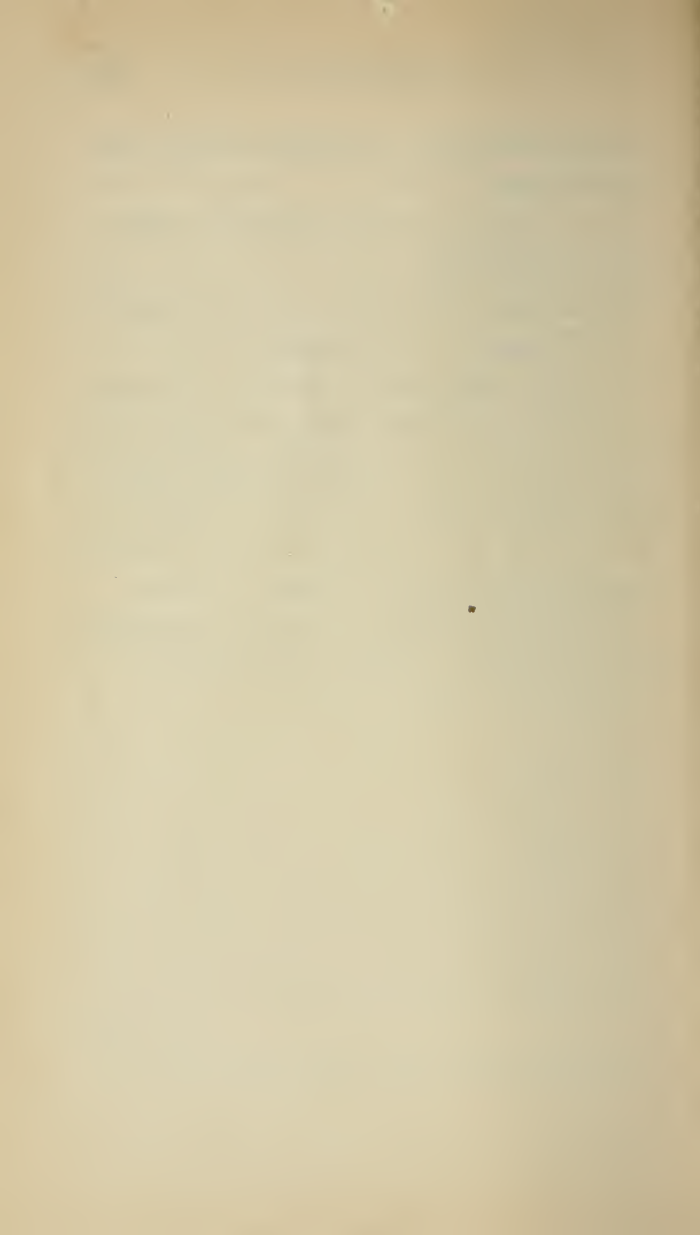
sus intérpretes Mimí y Margarita, Rosina y Madame Buterflay!

Nada, sin embargo, quise decirle. Me puse de pie. Nos despedimos.

En un postrer momento de gracia fijáronse, ante mí, belleza, finura y encanto...

... Vaga la imaginación esclava en el recuerdo de la desvanecida escena. Pienso arrobado en la alta virtud fascinadora que hizo de esta mujer de España ofrenda lírica. No olvido, no olvidaré jamás sus ojos, ojos inquietantes; sus labios, labios divinos; su voz, voz angélica; su mano...

¡Ah, su mano!... Fué tan blanda, tan pura, tan tibia, la impresión que dejara en la mía...



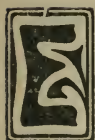
A faint, light-colored rectangular border is visible in the background, framing the central text.

EL MAESTRO JUAN GAY

•



EL MAESTRO JUAN GAY



EN el café produjo franca hilaridad la última ocurrencia del maestro Gay.

Apenas me acerqué a la mesa de los noctámbulos donde humeaba el Amer Picon, ponía el Pernod su nota de verde esmeralda en las copas chatas, y esparcíase tal cual vaso de plebeyo laguer Polar, encarándoseme muy resueltamente asegura:

—Oiga usted: cuando se le antoje interrogarme por lo que hubiera querido ser y lo que quisiera ser, he de responderle, a secas, que un Santo.

—¡Un santo!—exclamamos a coro, y la risa desbordóse con estrépito.

Veinte días más tarde, sin embargo, tuvo efecto la celeberrima canonización de este hombre

vivo, bien es cierto que en vida de inmortalidad.

Fué que el viejo pastor de la Grey de Cristo, S. S. José del Sarto, desde la gran ciudad ecuménica, cediendo a no sabemos cuáles exigencias del momento, mandó, con gesto imperativo, detener en el camino a sus mansas ovejas. Iban ellas ágiles y alborozadas hacia la dulce mañana de San Juan, que la tradición de los siglos levantaba el día 24 de junio, tras vistosas luminarias de fogatas, pintorescas verbenas, zambras y más fiestas de este bajo planeta. El rebaño, sacrificando al espíritu de resignada disciplina, todo anhelo poético del corazón, se detuvo obediente; pero he aquí que una manada rebelde siguió ruta arriba, atraída, sin duda, por la plácida idealidad del recuerdo, bajo la cual tan pronto se veían en florecimiento de espumas a cien cuerpos de ninfas propicias, como a mocitas poblanas, llenas de supersticiones y de ansias, preguntándole a la *clara* utilísima el milagro de porvenir, o también a tales otras mujeres—siempre mujeres—buscando reflejar en el espejo tranquilo de las aguas serenadas el signo cabalístico de los años, la juventud y el amor.



Dos jornadas rendimos todavía para el acostumbrado viaje. Y si era verdad que al término de éste pudimos oír claramente el canto maravilla de las sirenas, danzando en las riberas del mar, como hallamos que las niñas ingenuas interrogaban temblorosas al destino en embrujados papelitos o mirajes de ensueño, faltábales al ardor de nuestra creencia, a los fueros de la rutina, la gloria protectora del Santo, pues que el Bautista, para complacer al anciano Pastor de la Grey Románica, había aparecido en el retablo de las festividades con las cuarenta y ocho horas de anticipo.

Dimos, así, en buscar a persona que sustituyera para el caso al buen hijo de Isabel y Zacarías, institutor del primer excelso sacramento en el vasto baptisterio del Jordán, sublime víctima del erotismo de Salomé en la tragedia pagana, inmortalizada por el genio perverso de Oscar Wilde. Tarea de sacrilegio si queréis, tarea de impiedad, pero necesaria a nuestras almas de torpes descarriados.

Precisaba un ícono que nos uniera en la celebración, y había que encontrarle, empezando,

desde luego, por sacudir el peso letal de los convencionalismos. Entonces, vueltos alegres en vez de taciturnos, briosos en vez de pacientes, y en vez de ascéticos, epicúreos; olvidados del templo con sus místicas plegarias y sus fuertes inciensos, para pensar en el restaurant de platos succulentos y bebidas embriagadoras, organizamos un banquete y ofrecimos la beatífica gracia al maestro Juan Gay. No importe que él jamás haya cristianizado, y menos despertado furias de carne en bailarinas de ahora; por encima de semejantes pequeñeces, tenía figura de imagen a la manera tosca que las tallaban los primitivos: cuerpo de ermitaño vencido por la abstinencia, rostro mitad angélico, mitad satánico, de ojos luminosos como dos llamas de pasión, ancha calva cuadrada y reluciente, y el pelo, por abajo, junto al cuello, orlándole el menton, negro e hirsuto.

Muchos inconformes preguntarán aún si el maestro merecía tan altos privilegios entre nosotros.

—Los merecía. Hoy por hoy, Gay es un hombre perfecto: algo filósofo, mundano, afirman que altruísta, trasnochador sempiterno, don Juan a

ratos... de maritornes, y siempre músico sorprendente. Después, ¿quién ignora, sin ser un pseudo civilizado, su ingenio epigramático, su aticismo catalán, su catalanísimo don de gentes, y ese dominar el chiste *sostenido*, de *bemoles*, un poco *adagio*, *spiritoso*, *vivace* y *allegretto*?

Además, él lo deseaba, rememorando aquí su dichosa frase jacarandosa, y ello constituíale un indiscutible fundamento de derecho.

La comida, pues, se realizó, y la canonización también.

El ruido callejero que subía hasta el lugar del profanado ágape, el choque sabroso de las mandíbulas, los vibrantes sonos del cristal donde escanciábamos vinos riojanos y borgoñeses, la algarada del buen humor, ahogaba en punto de germen cualquier amenaza apocalíptica, los temores del grave castigo celeste que pudiera cererse sobre nuestras cabezas pecadoras.

Baco, Momo, Heliogábalo, se constituyeron allí en únicos y verdaderos dioses, trinidad todopoderosa del instante.

Ya tornaría de nuevo la paz, la pesadumbre de la existencia, el horror a los días iguales y des-

nudos, monótonamente. El relámpago rojo de una locura a lo largo de la noche angustiosa del vivir enciende la vista, pero no la ciega; bríndale calor y entusiasmo a los nervios en lugar de aniquilarlos; no se debe coexistir, con perennidad, en lucha de melancolía, de acoquinamiento y otras mayores tristezas. Dejemos, sí, magüer sea ello por unos momentos, de ser torvos, ásperos, sombríos, para sentirnos calaveras—lo que en último término sinónimo es también de dolor, de pavorosa desventura, de muerte—. Mas basten filosofías...

San Juan Gay, patrono de los malos chistes y de la buena música, levantóse a su gusto unas cuantas horas en el fingido martirologio de quienes por él somos cotidianamente mártires.

Mientras duró la religiosa ceremonia gastronómica, el maestro, como todo un santo, estuvo mudo.

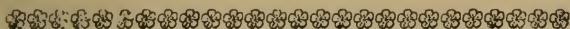
¡Bendito Dios, qué 24 de junio aquel inenarrable!



RAIMUNDO CABRERA



RAIMUNDO CABRERA



EDIODÍA otoñal: cielo gris, ambiente denso, olor a tierra húmeda; de vez en vez canta en el aire una lluvia perlina; luego, como medroso, por entre plúmbeas nubes, gachas y fofas, asoma el sol, viniendo a entibiarnos apenas el pobre corazón acurrucado muy adentro del pecho.

Tomo un *Mercedes 1913*.

—*Chauffeur*: hacia donde quieras... a los vientos del norte, a los vientos del sur, al mar, a la montaña...

Y la máquina aquella lanzóse rauda, violenta, *bruja*; a través de calles y paseos, calzadas y avenidas; cortando en momentos la férrea circulación; poniéndole tumultuosa sorpresa al ánimo de pacíficos transeuntes; algunos, guajiros, he-

chos tan sólo a la típica carrera o tren de fincas azucareras.

Así una hora, dos...

Llegado junto a la Universidad, soberbia acrópolis, me detuve... ¡Después, traspuesto ya su vestíbulo, fuí en seguida a acogerme bajo la pompa de unos álamos, buscando librarme de la turbamulta urbana, apartar del sosiego interior el ritmo fragoroso, volver ilusoriamente, con las inquietudes de mi fantasía, a las mañanas soleadas y fragantes, cuando todo nos habla al espíritu de supremo idealismo, brindándonos, en esperanza, la dicha embriagadora del vivir!...

A poco, cerca, encuadrada en jardín de *chalet* suntuoso, destaqué tal escena, si sencilla, sublime: un buen anciano, reflejo tan pronto de Campoamor como de Víctor Hugo, por su dedicación a los niños, reunía enjambre de ellos... cuatro... seis... rubios unos, los otros trigueños, figuras angélicas con que Rubens y Murillo orlaran sus Purísimas divinales; todos jugaban, correteaban, desgranaban frases, balbuceos y risas cristalinas, en torno de aquel hombre original, extraordinario, símbolo perfecto de la placidez y el celo ho-



gareño, de la humana bondad, la dulzura, del bienaventurado patriarcalismo, en este siglo donde priva con el abandono de la infancia, la grosera depravación senil.

—¿Él?

—Raimundo Cabrera.

—¿Ellos?

—Sus nietos adorables.

Del conjunto afirmaré que bien pudo estamparse para ilustrar las páginas de ese breviario de luz y armonía, donde se ligan las generaciones por el proficuo eslabón de los hijos: *L'art d'être grand père*.

Tuve ganas de irme hacia el noble patricio, de un presente *tan lleno del pasado y preñado de lo porvenir*, como el caballero don Quijote, en expresión de Leibnitz. Lo realicé; y entonces, tras apenas cortés saludo, le impuse las preguntas formularias.

Hizo trastrueque para contestarme:

—Quisiera ser lo que usted ve, jefe dichoso de un hogar dichoso.

—¿A manera del *pater familias* en los tiempos romanos?

—Eso es; mas sin derecho de vidas y haciendas. Cada cual que se maneje, y maneje su *peculio*, sea *adventicio* o *profecticio*... Yo aconsejo, no ordeno. Ahora soy atendido y, afortunadamente, acierto. En el prólogo de *Cuentos míos* relato algo a propósito: la conciencia de mis hijos aprecia siempre omnisciente y todopoderoso al padre que les enseñó las letras y les llevó a la escuela...

... Respecto a lo que hubiera querido ser, voy a decírselo con una sola palabra, la más sonora y seductora de cuantas encierra el magnífico idioma castellano: hubiera querido ser *rico*.

—¿...?

—Hoy, sí. Tras fatigas y luchas penosísimas, habiéndomelas con un dueño de crédito que se cree burlado, frente a un deudor o viceversa, punto fundamental de los negocios; poseído al principio de la carrera, como ahora, de gran entusiasmo, de vigorosos arrestos, y guiado en cada caso por esa firme aspiración de rectitud y justicia, me he hecho de posición franca. Pero ello ha sido cuando parece consumirse el faro inquieto que alumbrara lejanamente mis aspiraciones de artista, devoto de la Naturaleza. Yo, rico

de pequeño, con desahogo económico para una decidida dedicación literaria—se lo aseguro sin jactancia, impropia de temperamento y con mis años—, a esta fecha, tendría alguna obra.

—Usted la tiene: *Los Estados Unidos, Cartas a Govín, Mi vida en la manigua, Juveniles, Borrador de viaje, Desde mi sitio...*, libros son suyos que denotan agudo sentido de crítica, cierta espontaneidad poética, mucha perspicacia mundana, altísimo concepto de los problemas vitales, debatidos universalmente. Además, *Cuba y sus jueces*, ese presentimiento luminoso de porvenir, esencia de patriotismo, verbo del anhelo insurrecto, bastaría sólo para consolidarle un nombre. Y tiene sus campañas, durante más de cuatro lustros, en *Cuba y América*, los esfuerzos sabios y levantados en la Sociedad Económica...

—¡Medio siglo laborando sin tregua!... Ahora, desengáñese, el dinero es eje del mundo; con él se derriban todos los poderes, triunfan los ideales, surgen los inventos, se imponen Arte y Ciencia, viene a buscarnos la felicidad. *Dinero, dinero, dinero*, pedía Napoleón para sus conquistas; él nos atrae, nos domina, nos subyuga. Son más

temibles las naciones que ostentan mayor fuerza económica: Francia, Alemania, Inglaterra, nuestra vecina del Norte. Donde hay riqueza, hay seducción; Nueva York, ese *vasto soliloquio de cifras* con sus torres colosales, sus casas estupendas, sus fábricas inauditas y sus fabulosos millones encerrados en Bancos y *business streets*, ofrece mayores encantos que el mismo Toledo, no obstante sus grandezas de graníticos edificios y monasterios. Vive el pobre de las irradiaciones del capitalista; y si éste lleva alma superior, exquisita, lo mismo produce energía que belleza. La miseria aniquila, corta la acción y oscurece el pensamiento; con el bienestar, en cambio, todo prospera y fecundiza: lo uno, conduce al pordioseo; lo otro, a la caridad, al altruísmo. Seamos ricos, busquemos el dinero, hasta alcanzarlo, con tenaz ahinco, a lo largo de la existencia...

Mientras don Raimundo elevaba este himno al Dios Oro, sus nietecitos permanecían quietos, atentos, recogiendo la vibrante lección. ¡Luego miráronse entre sí, y de sus almas infantiles brotaría, de seguro, como una irisación áurea, sintiéndose los de los ojos negros un poco tristes

ante los de los ojos azules, ya que las cabecitas de éstos fulguraban cubiertas por bucles-espigas, prometedores de una codiciada ventura!...

Yo mismo padecí singular alucinación: Los árboles a mi alrededor, parecieronme cuajados de naranjas hespérides; divisé claramente al sol cual inmensa custodia en los instantes agónicos del crepúsculo; tornóse ambarina la atmósfera; llovieron estrellas sobre el césped; hízose amatista el agua en los estanques, donde cisnes de ensueño esponjaban sus albos plumajes. ¡Y mientras... el pájaro de la ilusión, posado en unas finas guedejas rubias, cantaba al divino tesoro de la primavera!





JULIA VILLANUEVA



JULIA VILLANUEVA





QUÉL era un desfile inacabable de mu-  
jeres...

Veíaselas altivas y retadoras, en su majestad de reinas, muy rubias y muy bellas, con porte ducal, hechos los hombros para el manto recamado de pedrería, la cabeza pidiendo corona de oro y de topacios, rubíes y esmeraldas...

Veíaselas finas y gentiles, envuelta la gracia coqueta del cuerpo en gasas primorosas, el tocado sencillo, las maneras flexibles y esas sonrisas de *minué*, aladas como un suspiro, como una flecha agudas...

Veíaselas de medio tono, presas en la dureza almidonada del traje warandol, modositas, serias, harto graves en una prematura eclosión de otoño...

Veíaselas secas, recias, adustas, virilizadas, con tacón militar y chaqueta de cazador, ceñido el pelo con altanero *jipi*...

Veíaselas — ágiles *tiperritas* — menudas, alegres, ostentando atavíos *chic*, picarescas, enamoradizas, galantes...

Julieta, Laura, Margarita, Mimí, Carmen, Francesca, cuantas heroínas de idealismo conociera mi imaginación inquieta, cruzaban por allí, Obispo arriba u Obispo abajo, rumbo a las oficinas del Estado, hacia el modisto y el joyero, o por capricho de mujeril esparcimiento. Aun Claudina, la perversa, diabólica Claudina, pasó acera adelante, toda vestida de azul, zapatos de blanca lona, blanco sombrero donde flameaba una amapola, ademanes equívocos...

Yo estaba, ciertamente, en pleno embeleso de contemplación, cuando cierto negrito, de saltarín simiesco, vino a sacudirme fibra a fibra con su pregón ambulante: NOCHE, NOCHE, NOCHE.

Un número... Dos centavos... ¡Qué barata se compra la desdicha!...

El periódico, vario, múltiple, vocinglero, sólo de guerra y de quebrantos hablaba, de pestes, de

furias, de infortunios... Eran cuatro páginas las tuyas, por las que corría, a caudal hinchado, lóbrega corriente, donde la humanidad fatigada, dolorida, anhelosa, debatíase en trance de ancestrales maldiciones, en cruelísimo, inevitable sufragio...

Salté las historias del Kaiser, ese don Quijote Hohenzollern; salté las de la escuadra albionesa y la del ejército francés, los relatos de la horrenda convulsión mexicana, la crónica tenebrosa sobre prácticas de brujería, por las que un viejo fanático arrancó el corazón vivo a tierna criatura, las notas a propósito de la peste negra en la vecina Nueva Orleans, yendo entonces a fijarme en líneas, si amargas, también consoladoras, dedicadas al Concurso de Virtud entre las obreras, tributo que el popular diario rinde a la cubana pobre y laboriosa, cuya existencia, recordando expresión apostólica, es sólo punto entre dos espacios eternos, luz entre dos infinitas tinieblas, azulada y resplandeciente en la infancia, cárdena y triste al alcanzar la cumbre de los años...

Hálito suave de proximidad creóme el espíritu. Quise ser bueno, compartir con el semejante, ya

fuera sentimentalmente, el dolor de su vida, amar la desventura tal recomienda Kempis. Dejé mi *pose* de mundano, y fuíme, calles allá, a la casa de una de las probables triunfadoras.

Casa he escrito, y escribí mal. Imaginaos una estancia pequeña, de tablas viejas, resquebrajadas por las aguas vernaes, por el sol de estío. La puerta para entrar, gacha y estrecha; el dentic, roto, y ya dentro, un piso de ladrillo, casi deshecho; tres sillas, casi desvencijadas; la imagen de un santo, que bien pudiera ser San Lázaro o el Señor de la Piedra Fría: y dos mujeres... La más joven púsose en pie y vino a recibirme. Era ella muchacha alta, flaca, vacilante al andar, de traje y zapatos miserables. Tendió por el vacío dos manos sarmentosas; alzó el cuello, débilmente; inquirió, con voz flébil, quién llegaba.

Fuí a responder mirándole el rostro, cuando descubrí trágico blancor en sus pupilas.

—¡Ciega—exclamé—y tuve tantas ganas de marcharme!... (Torpe es el egoísmo que aconseja, desviando nuestros actos generosos.)

La otra persona, anciana, a punto de paralítica, comprendió y aproximóse. Expreséle mi in-

tento. Dió en llorar con emocionante gratitud.

—¡Mi hija Julia saldrá en los papeles por honrada! Sí, caballero, sí que lo merece.

Luego, como yo mostrase ávido interés de verla, de conocerla, de tratarla en la propia tarde, con gozosa solicitud, marcóme nuevo camino.

Seis... ocho... diez cuadras anduve; y, al cabo, allá me hallé, Matadero, 4, en medio de cuarenta, de cincuenta jóvenes, flores de trabajo: paciencia resignada, atención despierta, devoto recogimiento, esperanza de la desesperanza...

Cada cual en trajín perenne, a pie firme, fija junto a la chata y angosta mesa, dale que dale, va formando el rollo larguísimo, luego hoja de arroz, o brea, para el fino cigarrillo «Partagás», «Susini», «Flor de Tomás Gutiérrez»... Un rumor sordo, cansón, en fuerza de monorrítmico, se alza de los diligentes dedos—olvidados en su elogio a la Duse por Ingenieros—, llena la desmantelada bóveda del edificio, vibra ventanas afuera, como grito de misericordia, anhelo de humanas redenciones, piérdese por el espacio abierto que atruena el rudo bocinazo de las locomotoras y máquinas febriles, el férreo traquetreo de carros

y tranvías, la carcajada áspera, canalla, de la sociedad ahita a la cual nada importa ese montón de criollas esclavas, sin ilusiones en el alma, sin luz en los ojos, sin jugo en la sangre.

¡Milagro el del gran rotativo que las agasaja y exalta, ofreciéndoles un poco de ensueño para sus pechos ignorantes quizá de la pasión del amor—dicha del mundo—acaso, en cambio, quebrados por la maligna tisis! ¡Milagro el de sus inspiradores—espíritus ennoblecidos—que las selecciona y las protege, ofreciéndoles un poco de alivio para sus miserias, en positiva dádiva de dinero!...

Busqué por el conjunto a Julia Villanueva. Dulce y cándida, con sutil candor, destacaba plácidamente entre sus compañeras. Me le acerqué. Entablamos diálogo sencillo...

... Sus afanes, sus luchas, sus fatigas, son un afán, una lucha, una fatiga única, constante a través de quince años, despalillando, torciendo, ahora en el tráfago de bobinera. Ganó más, pero al día logra apenas setenta y cinco centavos, solo ingreso para el sustento suyo, de su entrañable madrecita y de su hermana, sin vista desde niña,

por viruela fatal. Y no se desespera; no se lamenta; sufre con cristiana desvelo el dolor de la desventura. Es feliz...

—¡Cómo!—la interrumpí en este punto.

Y me replicó, bajo cálida espontaneidad:

—Ya lo creo. ¡Mientras conserve salud y pueda ganar el pan!...

Aún la escuché cautivado por largo tiempo. Discreta inteligencia; diamantino pudor; purísimo cariño filial, fraterno; eso, conjugábase cautivadoramente en ella. Iba ya a despedirme cuando presa de un íntimo y extraño desconsuelo, clavando la tímida mirada en prematura estrella que se veía desde el ventanal, aventuró:

—A mí me contaron que usted le averigua a la gente lo que hubiera querido y lo que quisiera ser...

Algo confuso, repuse:

—Sí, pero...

—¡Ah!—cortó de momento—comprendo. Nosotras, las obreras, no somos «la gente».

Débil fué el reproche, y tan dulce, que las palabras parecieron entretejidas con lágrimas y con suspiros. Entonces, buscando brindarle consuelo

a su alma en sufrimiento, apunté para disculpa:

—Tuve temor de molestar su inteligencia.

Replica vivamente:


—Esas «cosas» no se piensan, sino se sienten, y yo sé sentir de un modo...

Dentro, en el corazón, la mariposa de la curiosidad abrió su vuelo, subióme a la garganta, hízose franco el interrogatorio...

—Pues bien—repuso, entre suspirosa y alegre—yo hubiera querido ser... hombre, para mejor redimir nuestro hogar de la pobreza: y *quisiera ser...* la vencedora del Certamen, no por la satisfacción de verme proclamada la primera de las primeras—todas somos iguales—, sino por los premios dados en metálico, que nos permitirán vivir unos días la verdadera vida, la que se vive...

Y los mansos ojos de Julia se empañaron de gris.

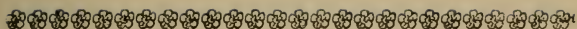




GENERAL MIRÓ



GENERAL MIRÓ



VERDAD es que no he conocido, jamás, a persona alguna tan extraña, tan varia y complicada, como la de este prócer de la paz y la guerra—en sus atributos de pluma y machete—, quien originario del condado catalán, con muy lucida heráldica, ingresó, luchó, triunfó... en nuestro ejército y al mando de Maceo!

Físico, el suyo, largo, seco, escabroso, de aguda faz a lo Voltaire, y cráneo recio y asimétrico, encierra un alma turbulentamente compleja a la que en noches del sábado da vuelo... unas veces hacia el bien, como espíritu de luz; otras hacia el mal, como espíritu de las tinieblas—si se me permite repetir aquí la frase benaventina—; siendo, desde luego, preferido el primero al segundo

viaje, tal ahora mismo remontándose a las cumbres de la dramaturgia para iluminar, bajo destellos de gloriosa reivindicación, esta relevante y desdeñada figura de la epopeya mambisa: *el pacífico*.

Muchos señores, desconociendo al legítimo Miró, supusieron que la anunciada obra teatral sería nuevo y mayor homenaje al generalísimo cubano; pero él, consciente de su héroe, rehuyó el fracaso, ya sufrido por Sardou y por Bowio cuando pretendieron ceñir en las tablas al inmenso Dante Alighieri.

¿Que hasta dónde, pues, exalta Miró a Antonio Maceo?

Lo vais a considerar, en seguida, tras tamaña anécdota: En la postrera temporada del Nacional, Borrás-Adamúz, interpretando aquél al don Diego Acuña de Carvajal, capitán de los tercios de Flandes, hallóse en descanso de entreacto, con que su paisano vino a felicitarle. Cambiadas algunas palabras en la *ierga* lemosina, subrayóle zumbonamente:

—¿Cree usted, general, que Maceo se resistiría a mi acero toledano?...

Miró le envuelve en mirada tremenda, y exclama:

—Maceo... Maceo... Fíjese usted: Prim, cabo; Garibaldi, teniente; Molke, comandante; Maceo, príncipe de la Milicia.

*Borrás*, con fina sorna: —¿Y no podríamos concederle al *noy* galones de sargento?

*Miró*, más altivo aún que antes: —¡Para ello a Maceo he de aumentarle el grado!...

Casualmente yo escuché tan incomparable diálogo, y seducido por esa su audacia admirativa, quise ser amigo del viejo cronista insurrecto. A los cuatro días apenas, éramos íntimos—que *Miró* ofrece el pecho, siempre abierto, a la lealtad caballeresca y al entero afecto—. Después, ya vuelta la familia del veraneo en Europa, frecuenté su casa. Allí atrájome el calor hogareño, la benigna acogida de hija y de esposa, al punto entonces de visitarles a diario. ¡Ratos peregrinos los transcurridos en la salita inolvidable de Compostela 65!

... Con dos años de trato, conozco cosas del caudillo que no son para dichas... Aquel su infantilismo, su menuda ruindad, su caprichosa

picardía, junto a una rigidez disciplinaria, a una nobleza hidalga, a una inocencia casi candorosa. ¡Encantador!

Cierta tarde, ahora, ahora, entróse palmoteando galerías acá, mientras gritaba semejantes palabras:

—Tengo metido un drama en la cabeza. ¿Eh, Remedios?

Con los respetos debidos sonreímos. Miró, un drama ¡imposible! Su fantasía exúbera, su frondosidad de lenguaje, su enorme fuerza descriptiva, no podrían nunca sofrenarse, encasillarse en escenas, reducirse a sintetizar aspectos subjetivos de la existencia humana.

¡Craso error, el mío, que confieso hoy paladinamente!

Ni dos semanas pasaron, tras la ocurrencia, cuando leyónos *El Pacífico*:

... En *Porfín*, heredad de la provincia pinareña, una familia acomodada vese sorprendida por la insurrección del 95. El jefe es don Rafael, padre de tres hijos: Nieves, está, cautiva amorosamente del capitán laborante Dimas Valdor, que saldrá con un buen escuadrón hacia Vuelta Arri-

ba. Leoncio, mozo valiente pero avieso, protegido de don Rafael, quiere a su vez a Nieves. Ocu- rre empeñada escaramuza con los españoles, cer- ca del sitio, y Leoncio, aprovechando que Dimas está en la refriega, sabedor, por una carta, de cómo él y ella se entienden, corre a declararle su pasional desvelo, amenazándola con matarla si alcanza desdenes. Nieves es indigna, ruge y le desprecia. Leoncio acecha... Descubre juntos a los novios, y dispara sobre ellos su carabina, an- helando truncar el idilio con la tragedia. Afortu- nadamente, Dimas y Nieves se salvan, marchan- do pronto él, y su partida, por conminaciones del prefecto (*primer acto*). Se presenta un correspon- sal americano, acompañado por el primogénito de don Rafael. Sostienen ambos extensa parola, y pasa el informador a escribir, leyéndolos, los horrores espeluznantes de la invasión. El prebos- te, a poco, manda que se salga al encuentro de expedición mayor, rumbo hacia Oriente. Y van don Rafael, Leonelo, Quirino, Sacramento, cria- do de labranza, y el propio corresposnal. Quedan, así, Nieves, con buena vecina, y Epifanio, negri- to vivaz y discreto. Aguardando estas noticias

del campo ven venir a Sacramento que conduce sobre un mulo tordo a militar de Weyler: Medina, mal perdido, desmayado, en los laberintos maniaguales. Leoncio, traidor de la causa, pasándose a España, torna a *Porfín* con fuerzas de guerrilla. Sorprende a Medina, le provoca y mata, llevándose, sin tregua, a las mujeres. El negrito escapa... (*segundo acto*). *Porfín* en ruinas. Se ve recorriendo los escombros a don Rafael, al corresponsal yanqui y a Epifanio. Unos a otros cuéntanse los desastres atroces del país: cómo pereció Nieves; cómo Leonelo, de calenturas, y el fusilamiento de Leoncio al descubrir su crimen los voluntarios. Súbito escuchan de afuera gritos frenéticos, vivas victoriosos a Cuba libre, al teniente coronel Valdor.

Don Rafael padece en aquellos momentos la angustia de la felicidad; se siente presa de soberana dicha; en un minuto desfilan por su mente mil proyectos del porvenir: la reconstrucción de *Porfín*; el premio de la República; tal vez un hijo... Entra Valdor, sin preocuparse de nadie, sólo reclamando el mulo que le aseguraron estaba en la hacienda. Aquello sacude las más re-



cónditas fibras sensitivas de don Rafael, quien tras de pedir auxilio patriótico a Valdor, escucha la frase terrible: ¡Usted es un *pacífico*!

*Don Rafael:* —*Pacífico, pacífico...* ¡Si esto es una maldición del cielo!

*Corresponsal:* —¡No, es la ingratitud de los hombres!...

Aquí termina el drama. No atinaré yo a contaros, ni con mucho, la serie ininterrumpida de emociones que onduló por mis nervios en tanto le conocía.

... Fué sorpresa, fué asombro, fué rendida admiración... Aquello se llamaba, sí, arte, arte nuevo y fecundo, hinchado de gérmenes de intensa potencialidad emotiva, firme, audaz; extraordinario, en medio de ciertas pedestres sensiblerías y anacrónicos recursos de tramoya. Había en él bríos, pasión, fiebre, realismo supremo, orden macizo de trama y desarrollo. Por un solo instante temióse la monocordia persistente, el sostenido acento de acerbo dolor—con los apuntes del corresponsal americano, aires de tragedia esquílea—; pero vino un sacudimiento de vitalidad, perdiéndose el análisis cansón con un tropel de

imágenes atrevidas, aunque lógicas, gratas, vibrantes, cubanísimas... Y ved ahí el vocablo, acaso temido: cubanísimo es el drama *El Pacífico*. Mas con un cubanismo sin rabias furiosas frente al enemigo, ni torpes menguas ante el protector; cubanismo honrado y generoso y viril, sublime... por su aspiración de hacer patria ideal... Todo muy épico y muy lírico. Pues Miró, alma heroica, que afirmaría Carlyle, tiene de aparecer—con el mismo cantor británico—envuelto por la sutil investidura del poeta. Vedlo aún más confirmado: En la velada, cuando nos ofreció su obra a la *élite* periodística y literaria, después de haber pasado el unánime parabién de la ocurrencia, me le acerqué y dije, recordando vieja manía de entrevistista:

—Usted, general, de seguro que hubiera querido ser *el pacífico*. ¡Lo eleva tanto, tanto!...

Miró me sujeta de un brazo, y aventura:

—¡Oh, no! Yo vivo satisfecho de ser quien fuí; pudiendo, por ser quien soy, vindicar al don Rafael! ¡Ese es uno de los grandes ensueños de mi vida!... Grandes ensueños... Ensoñar... ensoñar... ¡Sí, ensañemos, que el mundo será de los ilusos!...

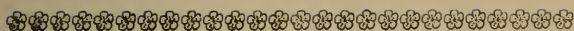


LUIS LAGOS Y LAGOS





LUIS LAGOS Y LAGOS



EN duro lecho de hospital, número cualquiera, cierta mañana helante del hostil Nueva York, detuvo sus isócronos palpitaes el corazón de este exquisito poeta de la desventura... A la par que el telégrafo transmitió la seca noticia, sobre amarga, trágica—hálito de pesadumbre—, una carta del entrañable muerto llegaba a mis manos. Confieso que estuve largo rato perplejo, inquietamente abismado, para abrirla. Algo como miedo íntimo a lo arcano, al más allá, recorriame en calofrío por todo el cuerpo, abrumándome la macabra ilusión de comunicarme en camaradería con alguien desaparecido, con ultratumba.

Luego, visto al fin el pliego de extraña lividez—creyérase espectral, me hallé era él—¡oh, cu-

rioso índice de la vida!—, canto de optimista malhumorismo, aprovechando la sutil paradoja Marw Tain, Luis Lagos y Lagos escribíame en medio de aparente ventura, de irónica serenidad, bien firmes sus pasos por la tierra pisada, con las ansias y la esperanza de ser... Pero dejemos que nos lo diga por sí mismo, bajo los prestigios de su propia literatura, tan sugerida y honda, a la manera de la del eximio uruguayo José Enrique Rodó en los *Motivos de Proteo*.

Leed íntegra la singular epístola:

«Mi muy querido Fernández Cabrera: veo que tu inquieto ingenio prepara para un nuevo libro, curioso, si los hay, algo picaresco, raro y original, no obstante lo manido del asunto de donde arranca. A su propósito, sin que ello sea reclamar ¡Dios lo sabe! puesto de honor junto a tanto y tan conspicuo personaje como has seleccionado para el caso, voy a permitirme contarte un cuento de sencillo simbolismo:

Vivió, hace algún tiempo, en pequeño pueblo del planeta, un hombre nacido para la vida de otros mundos. Era un justo. Acaso un santo. Y, ¡claro!, se le hizo imposible seguir entre los que

parecían sus semejantes. Amaba la paz de los paisajes serenos, y los gestos apacibles, y las cosas sencillas. Huyó del prójimo y se fué a la montaña. Allí encontróse cuantos goces ambicionaba su espíritu. Comía el panal de las rubias abejas, y la rosada pulpa de los higos silvestres. Bebía agua en fuentes cristalinas, y leche de muy dóciles ovejas. Era feliz. Y de tal suerte llegó su espíritu a identificarse con la naturaleza, que entendía el lenguaje de las bestias y de los pájaros. Leía en las estrellas y comprendía la rapsodia del viento y las hojas. Pero una mañana en que meditaba sobre esa fuerza misteriosa que nos impele a vagar tristes, adustos e inconformes por los senderos extraviados de la vida, sintió que la curiosidad prendía en su espíritu ecuánime, y se hizo el propósito de saber la distancia que medía entre el «ser» de cada hombre y la magnitud de su anhelo.

Bajó de la montaña y a la vera de un camino se detuvo en espera de los viandantes.

El primero en pasar fué un pastor.

—¿Me responderás a una pregunta?—le interrogó el viejo de la montaña,

—Si ello es posible, con mucho gusto, buen hombre—respondióle el pastor alegremente.

—Espero que me digas con toda sinceridad, ¿qué es lo que tú quisieras ser?

—Pues si en mis manos estuviera, había de ser rey—contestó el pastor, mientras se rascaba el cogote.

—No es malo tu deseo, mas es mejor para ti que no lo realices.

Vino de segundo un arriero jovial. Cantaba su pena o su dicha.

—Perdona la curiosidad de este anciano, pero te veo alegre y pienso en que tal vez seas feliz. Dime, ¿qué quisieras tú ser?

—Pues mire usted que si a mí me hubiesen consultado antes de venir a este mundo, habría pedido ser león. Y juro que no se encontraría en el monte un león más bravo que yo.

Siguió el arriero su camino y tras él aparecióse un estudiante.

—Joven, ¿quieres decirme lo que quisieras ser?

—A la vida se viene a triunfar, y en la vida no se triunfa sin dinero. Esto te indica que yo quisiera ser un Morgan o un Rockefeller.



Tras el estudiante cruzó un poeta.

—Oye tú, soñador, ¿qué desearías ser?

El poeta, clavando sus pupilas en lo azul, repuso:

—Yo... ¡águila!

Fué a volverse a lo alto el viejo de la montaña, a gustar del panal de las rubias abejas y de la rosada pulpa de los higos silvestres, cuando antes, descubriendo en el sendero a un corderillo, inquirió su ansia.

Brincóle el tímido animal sobre el regazo, y acercado mucho al oído, temeroso de que le oyesen, aventuró:

—¡Tigre!

Es extraño, pero es seguro —pensó entonces el anciano—: en este mundo, cada cual pretende ser lo que no es, y siempre... fiera.

Fácil te será deducir la moraleja del relato, y a través de ella, lo que hubiera querido y lo que quisiera ser.

¿Comprendes?

Tuyo, devotísimo.—*Lagos y Lagos.*»

—Sí, mi inolvidable Luis, comprendo. Ahora, ¡por qué nos abandonaste!...

... Tus amigos, los que comprendiéndote tanto te estimábamos, no podremos tener jamás consuelo para tu súbita ausencia. Nos hace falta acompañarte cada tarde por el heteróclito maremágnum del Prado, descubrir cerca a bella y opulenta joven judía tu figura de atrayente exotismo: cráneo asimétrico, pómulos anchos, nariz aguileña, ojos pequeños y vivísimos, tez cobrizo mate, manos largas, secas, agudas, pareciendo un puro vástago de los caciques indios, envuelto por las rigurosas exigencias del siglo, en atavíos europeos, *modern-style*.

—¡Por qué nos abandonaste!...

... Tus compañeros, los que conociéndote tanto te admirábamos, no podremos olvidar nunca tu superior talento, tu vasta y bien disciplinada cultura. Subyugábanos con aquella palabra ágil y vibrante, múltiple, exaltadora de la estirpe aborigen del natal Salvador; palabra viril y sometida a un tiempo, hidalga en su rudeza, con la amarga melancolía de los pretéritos dominios, usurpados por el poder de las armas y del engaño en la atroz aventura de la conquista.

—¡Por qué nos abandonaste!

Tus hermanos, los que mereciéndote íntimas confidencias y sabiendo el caudal de bien que encerraba tu espíritu, y lo desdichado de tus andanzas a través del mundo, tanto cariño y tanta fe pusimos en ti, no te perdonaremos jamás nunca ese viaje tan presto y tan largo, hacia el confín misterioso de la existencia, lugares de penar para el románico, tierras de Nirvana en el budismo sabio y antiguo, tramonto teosófico hacia planos de superior perfección en la consoladora idea espiritualista...

—Lagos: ¿por qué, por qué nos abandonaste? ¿Acaso ahí se está mejor?

Amigo, y compañero, y hermano: si ello ocurre, y Tristamuri, Redentor sublime de la hora presente, no predica otra grande y triste mentira, ven... y cuéntalo.

¡No, no, te tornarías solo por la lóbrega senda!



EMILIA BERNAL



EMILIA BERNAL



**R**ETRATO aquél abismador. Lo componían apenas un casi perfil de mujer, duro y altivo: frente rotunda, nariz ancha, boca en rictus de conjuro, mentón emprorado; una cabellera riza y tupida—dijérase selvática—; cuello curvo y firme, y algo del hombro insinuando violento arranque de ala. ¡Ah!, olvidé, por recordarlos más en la energía del conjunto, los ojos, ojos sombríos y ávidos...

Hube de hallar la extraña efigie en una revista gráfica, comunicándole prestigio a versos de amor y desencanto, revelación pasional de anhelo roto, gentil reproche lírico a quienes formamos la media humanidad en que debieran vincularse hidalguía, experta largueza, sentido fervorosamente sincero, apasionado germen de sacrificio,

donquijotismo, para escribirlo en sólo una palabra, ante lo dulce, y fino y frágil de eso a que un filósofo descortés llamó animal de inteligencia corta y cabellos largos:

Quisiera ser magnífica señora  
en el tiempo de trágica leyenda,  
para marchar triunfante por la senda  
que me abriera una lanza vencedora;  
quisiera ser la dama soñadora  
reina gentil de clásicos torneos,  
que oyó presa de dulces devaneos  
mil veces del juglar la voz sonora;  
quisiera ser la castellana amante  
a quien el caballero suspirante  
al galopar de su corcel guerrero  
flores de amor dejaba en la ventana.

.....

Mas ¡ay!; no puedo ser la castellana  
porque no existe un solo caballero!

He aquí, me dije, a través de poesía y estampa, una vida, de las vidas que al implacable Que-  
telet tanto le entusiasmaban para examinadas,



cansado ya del «tipo mediano», «producto de estadística, simple abstracción sin existencia real, ser de rebaño». Prométíme, entonces, curiosarla, asomarme a sus enigmas psíquicos, bucear, de poder hacerlo, en la amplia entraña revuelta de sus abatares. Casualmente, yo mantenía por tal época el tozudo empeño de ir ofreciendo mes tras mes fiestas culturales en una vigorosa Asociación donde disertaron, a mi ruego, eminencias semejantes: Antonio González Lanuza, Oreste Ferrara Merino, Eusebio Hernández... Trovas femeninas fueran buenas para amable velada, pensé, y entréme, con el pretexto, por la casa de Emilia Bernal.

Confieso que «de lo vivo a lo pintado» había su mucha diferencia; mas, para mi inquietud, dábase ella aún en favor de lo vivo. Cada trazo de facciones era una arista original; la armonía del rostro, característica desarmonía; el cuerpo, una vibración de inocultable voluptuosidad emotiva; el gesto, los ademanes, las palabras, rasgos bien definidos, de superior intelecto; y el timbre de la voz, los cautivadores asombros del misterio, por sus cambiantes inusitados y raros, ora

con la rudeza seca de los despechos, de las cóleras, de los concentrados agravios; ora con la tenue melodía de los desmayos, de las desesperanzas; ora, principalmente, envuelto en una como veladura de dolor bajo su más honda y compleja y trágica verdad.

Dialogamos algunas horas. Nuestros espíritus propicios por una devota comunión de Belleza, forma unigénita del Arte, fuéronse abriendo a la intimidad sin mentiras, a la confidencia, llegando un punto en que cada cual gritaba su dicha o su pena, su modo de entender los dones del destino. Y había de escucharse allí el flagrante contraste entre mi optimismo robusto, varonil, ardoroso, y su pesimismo vehemente, violento, valdría clasificarlo de agresivo.

—¡Oh! amigo mío, este mundo es miseria, falacia, crueldad, ambición... carroña. Resulta sacrilegio el vocablo prójimo, lumbre de Jesús, si se la aplica en la pura acepción actual; más bien debiera interpretársele por la positiva sentencia de Hobbes. Gozamos refinadamente en atacarnos unos a los otros, enardeciendo nuestra sevicia: lamentos, sangre y martirio de víctimas, que son

siempre, ellas, lo débil en la lucha, para denunciar así mayor mengua humana: cobardía. Vuelva sentimiento y pensamiento a la Europa frenética, y sentirá espasmos de angustia rebelde, de fiera vergüenza. Somos, sin duda ninguna, bichos irredentos, último irracional aparecido en la tierra, como afirma el viejo histólogo Ramón y Cajal, para sostener, después, científicamente, que nunca arraigarán en nosotros las adorables virtudes, porque se desvanecen de padres a hijos al no penetrar, modificando los instintos en las células procreadoras. Luego a las menguadas, a las miserables, a las indefensas mujeres...

.....

Extensa resultóle la queja, tocada de coraje. Quise replicarle y sólo atiné a ensartar estas frases en la cuerda precaria de mi filosofía.

—Emilia: usted generaliza demasiado. Comprendo. Brotan sus tremendas teorías de entrañas en sufrimiento. Achaca a los hombres, por el hombre, torpezas caprichosas; y al hombre, por los hombres, bestiales ruindades que sólo colectivamente se producen. Cierto de la ebria barbarie viejo-mundecia; miles y miles y miles de

seres enfurecidos, satanizados, luchan y se aniquilan por cuanto pavoroso recurso inventa la propia fantasía infernal; pero recuerde aquel otro magnífico pasaje de un soldado teutón y otro galo, únicos supervivientes de magno desastre, que al hallarse solos ¡solos! en actitud combatiente, soltaron las armas y mirando en torno, por recelo a la recriminación de los muertos, diéronse férreo abrazo de paz. Nos empuja a la ruindad el medio, la enseñanza, y esa misma falta de creencia en que pueda modificarse, al menos, nuestra espiritual estructura. Con negaciones nada se funda, y lo fundado se desmorona, se destruye. Y, en fin, que no es lícito convertir la desilusión, el desastre, la pesadumbre, en germen de ideaciones, en flor de poesía...

—¡Hemos sido tantos los inspirados en la fatalidad! Ada Negri la primera, por señalarle a otra de mi sexo.

—¡Debieran ser tantos los inspirados en la fuerza de la esperanza! Y citaré a Ruyard Kipling, como a modelo salvador de varón.

—El canto a la desdicha exalta y purifica.

—La loa al entusiasmo robustece y afirma.

—Aquella nos reserva para Dios.

—Ésta permite que disfrutemos su divina gracia desde ahora.

—Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque de ellos será el Reino de los Cielos.

Pronunciábase un fenómeno de mística hiperestesia y trunqué el comentario. En seguida, buscando adredemente en las catalogaciones de mi memoria, descubrí esto que, leído en prosas del gran adoctrinador Maragall, veníame a maravilla para ajena reconvención: Existe algo más fuerte que la angustia del momento, más fuerte que el mal, más fuerte que la muerte, al contacto de las cosas eternas, pacíficas y alegres... ¿Por qué, pues, entristecemos en la estación desnuda de nuestro espíritu?

Cayó Emilia en un instante de ensimismamiento insondable, e irguiendo al rato su busto, por el que se le enroscaban las víboras negras de la melena partida en dos, respondiome:

—Bueno, probaré a engañarme una noche, la de mi lectura en vuestro Centro Canario. Voy a preparar unas trovas a Sevilla la mora; con sus

majas y sus toreros; con sus castañuelas jocundas y guapas guitarras; con sus mantones enjogados y sus clavellinas sangrantes; el azul índigo del cielo; la espigada Torre del Oro; y el Betis respirando leyenda; sus alondras, sus surtidores, sus suspiros, sus soleares...

Y sí que recitó las estrofas muy cascabeleras, muy llenas de Andalucía cautivante. Pero ¡sonaron ellas tan a música de atormentamiento, tan de tumulto exterior para ahogar congojas del corazón! Bien exclamara la poetisa al iniciarse el culto de las almas:

Siento que es el sufrir mi patrimonio,  
que mi risa es el lloro, y que mi canto  
es el acento que el dolor me brinda.

Un hermano habíasele muerto lejos..., «sin que manos piadosas le cerraran trémulas el cristal esmeralda de sus ojos».

Aquella propia tarde llególe el cable infausto de Barcelona, y ella, tremando de angustia, infeliz admirable, hecha a las mayores torturas, a los liliicios cruelísimos de lo adverso, presentóse en

la sala iluminada, frente a un concurso de felicidad. Iba de blanco vestida, con una palidez azucénica, impresa en la cara lo patético de sus repliegues interiores, figura de holocausto; y apuró, todavía, la copa de las desventuras viéndose como incomprendida, por el maldito prejuicio de lo falso en lo poético, de los insinceros quejumbres de gustos románticos infiltrados en las generaciones mujeriles.

¡Jornada hasta el Calvario y Crucifixión!

Viene ahora un libro de Emilia Bernal, el primogénito. *Alma errante* se cognomina; y es él breviario de elegías. La fuente recóndita desborda su caudal de amarguras lacerantes, y fluye inagotable hacia el mar de las multitudes, «que es el morir». ¿Alcanzará acaso a comprenderse a esta sensibilidad desnuda, ardiente, lúcida, descarnada, turbada, jadeante? No lo sé. Un cerebro de selección sí que la ha comprendido, y aún la explica con insigne prólogo consagrador. En la genealogía camagüeyana resalta un apelativo encresponado de desventuras: Agüero. Hay un don Joaquín, gallardo, que rueda por el cadalso al obrar «como un artista sublime de la acción

patriótica»; hay un Antonio María, gala de intrepidez, expirante en «húmedo follaje» tras el combate de San Carlos; hay un don Francisco, galano escritor, que para sus fecundas elucubraciones se quiso llamar *El Solitario*, seudónimo de ensueño y de melancolía; hay una Brígida y una Concepción «hermanas de sangre y ambiente», a quienes la tisis royóles la existencia. Y todos, todos, poseyeron el don celeste de las musas, pudieron sujetarse al crinado cuello del Pegaso, sintiéronse hijos buenos de Apolo... «Los Agüeros, en tribulaciones continuas, padecen las angustias de la espoleada colonia, y la vena poética es maravilloso manantial que alivia el sufrimiento sin tregua y el anhelo sin esperanza.» Así nos lo cuenta Márquez Sterling, por esta vez insigne biógrafo. En los Agüeros, Emilia tiene su rai-gambre; viene de estirpe tan preclara por materna línea; recogió la terrible herencia de labios que la besaban glaciales en los trances agónicos. Y, así, esta su colección de poemas no pudo ser otra, a pesar del olímpico apóstrofe—que ella conocía perfectamente—de Catulle Mendes: Nada de sollozos humanos en los cantos del poeta; a



pesar, séame permitido consignarlo, de mis francos esfuerzos porque a su subjetivismo afanoso, infatigable, le pusiese un poco de pintoresca correspondencia objetivista, siguiendo la moda verleniana culminante en *Crepuscule du soir mystique*.

Desde el pórtico, donde vibra como un quejido latino el *Per me si va nell' eterno dolore*, a la postrera nota rimada: ¡Ven!... ¡¡Muerte!! a mis brazos, nada hay positivamente alegre, ni siquiera amable, ni siquiera sereno en *Alma errante*. Los títulos de cada estancia, escuchadlos: *Cantares de tristeza; Hondas melancolías; Sollozos de un alma que ansiaba ser feliz; Mis tristes ilusiones, mis solas alegrías; La muerte de mis sueños; Anhelos de morir*.

Si Emilia mira al futuro, se atosiga por la inmortal liberación; si escruta al pretérito, lamenta el haberse materializado en sus carnales formas, porque hubiera querido ser en el espacio «llanto de efebo», «rocío de amor», «plegaria en la noche», «rapsodia de besos», «cruz», «rosa», «lágrima», «rayo de sol».

Quien quiera conocer la gama entera de los

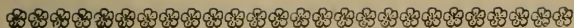
sufrimientos, hollar campo traviesa de tribulaciones, lea el tomo completo de la Bernal. En la senda ha de hallarse ¡cómo no! joyas milagrosas; pero si perlas, negras; si topacios, amoratados; si amatistas, de leve color ambarino, como las manos de una muerta.

¿Sabéis ya por qué eran los ojos del retrato, ojos sombríos y ávidos?...

EDUARDO SÁNCHEZ  
FUENTES



EDUARDO SÁNCHEZ FUENTES



**P**ARA dedicarle excelente loanza a este cubano, egregio de la música, fuera preciso que ahondara una profundidad superior a quince primaveras, hasta encontrarme en el fondo del espíritu, bien enraizada, la más selecta, por más férvida, emoción a concebir. Como no me apremia el tiempo, gracias a reparador veraneo sentimental—que diría «Azorín»— y como también experimento impetuosos deseos de desenvolver al público mis criollos orígenes, afilo cálamo y abordo fiel relato. Así comprenderán algunos listos, injertos en suspicaces, que la gala de cubanismo aparecida en distintos libros propios, no es manera falsa de aventura, calculado recurso cartaginés, plegamento entre servil y hábil al nativo; voliciones y ensueños márcanse-

me en cerebro y fantasía con fuerza de ancestro, sazóname ricamente las venas cálida sangre anti-llana, y si lo que en mi literatura llaman varios críticos «exuberancia tropical», pudo ser don de la materna isla, aquí en el trópico, es donde ha conseguido un abierto ímpetu, pues del hespérido Archipiélago apenas traje el tanteo tímido de las Letras. Lo explicaré todo, llanamente, con acaso auto-áspera sinceridad:

Cuando por tiempos del 68 se abrió la epopeya insurrecta, al recio empuje de Céspedes, y la férrea falange oriental, mis abuelos—matance-ros—, lumbres del movimiento o siervos de la opresión, perseguidos o acoquinados, vendiendo sus viejas propiedades de Guamutas, huyeron precipitadamente del país y afincáronse en Canarias—«gozar cobdiciaduro para ome cansado»— aplicándole la gracia del verso berceoniano. El padre de mi padre cansado estaba, y también enfermo, al punto mismo de morir, víctima, quizá, de la mordiente nostalgia por los cañaverales pandos, los verdes vegueríos y el aire gentil del Yumurí que suena a hechizo en la montaña, ri-mando como rauca égloga perennal. Los huérfa-

nos, entonces rapaces, quedáronse indefensos, al solo abrigo de mujer en una tierra extraña. Calcula bien ella, y cobra presto nupcias nuevas, mientras los intereses, sin realizar aún, no queriendo apartarse en definitiva del centro originario, tal el alma de los poseedores, iban y tornaban del puerto de la Palma al de Gibara y al de Caibarién y al de la Habana, en riesgoso negocio de navegaciones: barcos veleros que capitaneó el padrastro entendido y en los cuales, ya después, los dos mayores entenados varones hicieron sus viajes, por conocer a los campos patrios y gozar la tibieza de amplia familia, aquí quedaba, contra inquietudes y desastres. Creciéronse luego «los cubanos»; formáronse hombres de merecer; inflamóles el pecho llama aguda de Amor; casáronse ambos, y ambos lograron buena prole. Nosotros, hermanos, éramos cuatro; uno muere infante; viviendo los demás con el nombre de Cuba clavado, como una estrella, en el pensamiento, viva la noble ansiedad por Cuba en los labios, con la más prística pasión por ella infiltrada, fibra a fibra, en nuestras entrañas. Cuba: fuente mirífica de la existencia, ámbito edénico,

maravilla del mundo envuelta en los contornos de lo ignoto, de donde a cada retorno del *Triunfo*, buque aligero de ocres velas latinas, llegá-bannos pájaros de cegadores colores, mieles rubias de caña, abanicos con grácil varillaje, monedas de oro y canciones. ¡Oh, venero de opulentas mercedes!

Canciones...

¿No recordáis, mis inolvidables camaradas, muchachos y muchachas, juventud actual de los veintiocho años? Tendríamos en aquella época feliz, nueve, diez, quienes más doce; y nos reuníamos por frescas temporadas campestres en la Dehesa, un vergel. Allí, ya de noche, en tanto la gente mayor divertíase con bailes cascabele-ros, entusiastas juegos de naipes, tertulias o lecturas, nosotros, chiquillería andante, correteábamos por eras, por llanos y caminos, hasta ya fatigados, rendidos, sentarnos a la redonda y entonar unánimes, muellemente, el «Quitrin» o «Trinidad» o la «Mulata Tomasa». Yo no comprendo bien todavía qué singular encanto de seducción encerraban las tales composiciones poético-cantables, para dominarnos de aquel modo el gusto



infantil. Aprendíamos y sabíamos tonadas españolas, canzonettas napolitanas, estilos de México y de la Argentina; pero, sin embargo, el invariable repertorio nuestro, formábanlo las «cosas indianas». Tal vez lo picaresco voluptuoso de la letra, que alimentaba ya incipientes picardías; tal vez lo fácil, dulzarrón, del ritmo, propicio al más negado oído; tal vez la penetrante espontaneidad de ambas cosas; ¿o por qué no una íntima preferencia, inconsútil, a esta rica isla de ensueño? . . .

Reventó, arrasadoramente, la segunda jornada épica de la Independencia. La futura República fué, de punta a punta, ruina. Paralizáronse las empresas; huyeron los dineros; cegáronse las corrientes naturales de producción; los elementos para consumo venidos de afuera dábanse con gran pérdida; se adivinaba, sin esfuerzo, la catástrofe final de la Metrópoli, ante los bríos heroicos de la Colonia rebelde. Ello, desde luego, repercutía con sonoridades dolorosas en cuanto constituyera territorio de España. A Canarias llegó, lógicamente, y con un efecto de doble trascenden-

cia: espiritual y económico, brotando, pues, unisonas, la angustia y la repulsa. Así aparecióse en bahía palmera el *Triunfo* hecho una lástima; vacío; desmantelado; horro de pinturas el casco; como si experimentara pesadumbre humana. Ni siquiera nos llevaba regalos, los vistosos regalos de siempre (olvidando hoja de música: la habanera *Tú*, a la cual miramos con un sentimiento mezcla de recelo e indiferencia en el fondo del cofre paterno). Lo demás nadie ha de ignorarlo: el *Maine*, *Santiago*, la *Intervención*, ¡¡*Libertad!*!—que por ella había sucumbido José Martí, vindicador y apóstol, «combatiendo entre el bravo negro Guillermón y el general Martínez Campos».

Hubo allá su ancho paréntesis de explicable reserva, hasta que, serenos los ánimos, reflexivas las mentes, proclamada por pensadores y estadistas peninsulares la ventaja hispana, y mandado cerrar con triples llaves el sepulcro del Cid, culpa única de la vergüenza con el «yankee», produjo un fenómeno dinámico de reacción tan adicta al naciente Estado que decir Cuba equivalía a decir: Moda. Volvieron las ubérrimas co-

rrientes emigratorias, los intercambios de productos, el recíproco beneficio; desempolvándose, en seguida, las archivadas canciones.

Nosotros aprendimos, y enseñamos, la flamante del maestro Sánchez Fuentes:

En Cuba, la Isla hermosa, del ardiente sol  
bajo su cielo azul,  
adorable trigueña, de todas sus flores  
la reina eres tú.

Fuego sagrado  
guarda tu corazón,  
el claro cielo  
su alegría te dió.

Y en tus miradas  
ha confundido Dios,  
de tus ojos, la noche, y la luz,  
de los rayos del sol.

La palma, que en el bosque se mece gentil,  
tu sueño arrulló,  
y un beso de la brisa al morir de la tarde  
te despertó.

Dulce es la caña,

pero más lo es tu voz  
que la amargura quita del corazón.  
Y al contemplarte  
suspira mi laúd.  
¡Bendiciéndote, hermosa sin par...  
porque Cuba eres tú!

Aquello fué el frenesí. Cantábase; bailábase; pasó a los pianos y violines, tocados por lindas manos femeninas; convirtióse como en recurso de amables veladas y de aristocráticos saraos. Fuerte contraste el formado entre ella, con sus tonos blandos, susurradores, melódicos, y los vales de Straus, también en boga, tan ruidosos, tan vertiginosos, alocantes. Hago precisa memoria de que me puse a pensar: si Viena y vals, según Darío, debían ser dos cosas juntas: «Viena vals, placer. Un gran torbellino de mujeres hermosas en brazos de magníficos danzadores deslizando, etc.», la Habana y habanera, por superiores motivos, han de reflejarse recíproca, cabalmente. Y soñé al punto una adorable ciudad pacífica, grácil, arrobadora, «con los calores ador-

mecida», y como si mil caprichosas hadas invisibles la mecieran—¡mágico vaivén!—en leve hamaca de milagro.

Poco después mis ojos, mi alma, todo mi ser exaltado por la realidad del ansia satisfecha, pudo marcar la extrema diferencia de lo entrevisto a lo visto; mas no importó y me esclavicé en esta casi Babilonia muy siglo xx y muy cosmopolita, con el mar delante y una cadena de montes detrás, tal los pueblos dichosos, parodiando no recuerdo a qué poeta. Muchos meses corrieron. Me orienté en las necesidades ineludibles del vivir. Púseme al trabajo de prensa y aulas universitarias. Paseaba; visitaba; concurría a teatros y otros divertimientos; iba casi a olvidarme de la peregrina danza ensoñadora, cuando cierta tarde, tarde melancólica de otoño, inusitadamente, rompió un organillo callejero, junto a mí, con aires tersos, acariciantes, «enlairadores». Detúveme... y aspiré, como a delicioso perfume lejano, una a una, todas las notas, esta vez ultrallenas de añoranza. Después sentí en lo recóndito algo de efusiva gratitud hacia la musa afortunada que tantas ofrendas de emoción criollísima derrama por el

Universo—según cuentan los decires—y propúsememe conocerla, sin tregua.

Un día cualquiera, no importa cuál; y en su discreta morada de Malecón, 4. La escena libre en lo absoluto de ceremoniales:

—¿Es usted el profesor Eduardo Sánchez Fuentes?

—Sí, señor, lo soy.

—Le habla quien le admira; y quiere entregarle su mano, quien ve en la suya a la creadora genial de un trozo de música...

—La habanera *Tú*.

—Ella, repuse.

Y después, con marcada sorpresa:

—¿Por qué acierta usted así, siendo, además, autor de altas partituras, de múltiples operetas, y otras, bastantes, producciones que la crítica aplaude sin regateos, y sin timideces consagra?

—Flor de experiencia. Yo seré antes que nada el compositor de esa ligera piececita. Madrid la escuchó largamente en sus plazas de toros; París en sus *quartiers*; Londres en sus calles brumosas... La América entera sabe de ella. Célebres folkoristas universales me la piden. Albert Frié-

denthal la recoge allá en Alemania, ofreciéndola en su estudio de cantos del pueblo. Habiéndome producido a través de la vida, inenarrables sacudimientos de emotividad.

—¿Los del exquisito Mascagni al sentir que se tarareaba algo suyo por un viandante amedrentado en larga encrucijada?

—Los de un músico de Cuba que viaja rumbo al extranjero distante en lujoso vapor holandés, y observa y oye como cuatro, seis delicadísimas *misses* repiten, con timbre sajón, *su* habanera, vertida al idioma shasperiano. Compruébelo usted.

Y me muestra, tras breve rato de búsqueda, un leve carnet, con bucólico paisaje azul, en cuyo interior léense los alados versos.

Compruébenlo los lectores:

In Cuba, fairest of pines and of palms,  
With their fragrace o'erladen,  
For embraced she has been  
In Dame Nature's fond arms  
And endown'd with her charms;

In Cuba, 'Neath her sky so azure and serene,  
Dwells my beautiful maiden,  
Of the flowers that bloom  
In that garden so green,  
My brunette, you're the queen.  
On flaming altar  
Has your heart been enshrin,  
In fires beatified  
It is ever confined  
Nor heav'n did falter  
In your eyes to infuse  
All the sky's brightest hues.  
On flaming.  
The palm trees,  
Where they cluster in redolent glade,  
in the soft breezes swaying,  
Cently fan your dark tresses so freely displayed  
As you lie in their shade.  
The palm trees,  
Like all nature, pay homage to you.  
Hear the words they are saying  
While you lie in their shadow'neath Heaven's  
[bright blue  
For they worshp you too!



Your charms, transcending  
All the beauties of earth,  
To me are sanctified  
As all treasures of worth;  
Your sweetnes blending  
With the neetar of Heav'n  
Nature's balm and the isle's soothing calm  
For to Cuba you're giv'n!

Le pedí a Sánchez Fuentes ejecutara, a mi presencia, la canción. Complacióme. Y no pude por menos que pensar en sutiles palabras de Martínez Sierra hablando de Grieg. Sonaban a otra cosa las melodías del viejo noruego, tocadas por sí mismo; suenan, igualmente distintos, los acordes de *Tú* bajo los dedos sabios del joven cubano. Corre por ellos un nervioso entusiasmo, la energía varonil le comunican fuerza de mayor sugerimiento, engalánanles y prestigianles insospechadas novedades; la emoción, con la influencia del sortilegio, se convierte en seducción. Tanto que desvanecido el postrero giro, perdidos los últimos ecos en la sala coqueta, aplaudieron

mis manos reiteradamente, y a mi boca acudió, irresistible, el sumo comentario: colosal.

No obstante—¡asombraos o sonreid, poned la mueca del desencanto o la de la jarana!—, Eduardo Sánchez Fuentes está desconforme con ser lo que es, tampoco hubiera querido serlo.

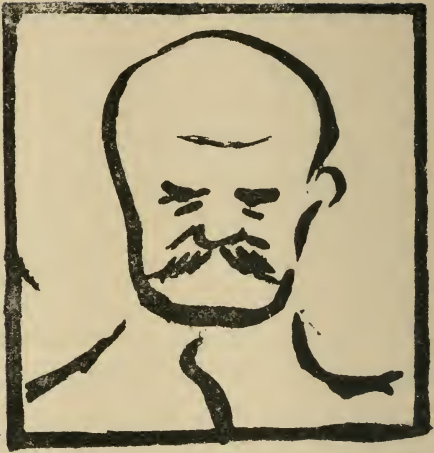
Me lo aseguró con aires de formal ha poco, cuando, ya amigos, en segura franqueza, le apliqué las impertinentes preguntas, respondiéndome a una y otra esto que suena a apostasía de no existir falacia:

—Todo hubiera querido y quisiera ser, menos lo que soy.

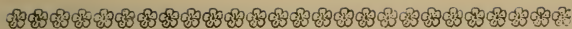
¡Tremendo olvido el del omnipotente Zeus que al crear al hombre no le puso una ventanilla en el pecho para que se viera bien lo que llevaba dentro este perpetuo juguete de los dioses, pero también maligna y peligrosa persona! (¿Lo escribió usted así donoso don Mariano de Cavia?)

A buen seguro que con ella, con la alcahueta ventanilla, saldríamos de dudas, pues que el admirable compañero mostraría clarísimamente mentira o sinceridad grabada sobre su corazón.

CONDE KOSTIA



CONDE KOSTIA



ahora, antes de darle acabado término a mi tarea de preguntón, como el humorista inglés por su *Sartor Resartus*, yo me digo: ¿A qué conduce todo esto? ¿Qué utilidad hay en ello?... Y contesto con el propio Carlyle: Conducir, a nada; utilidad, ninguna.

—Entonces—reclamará algún filisteo—, ¿a qué viene ese trabajo, si es baldío, y a qué se ofrece al público, si ningún beneficio le reporta?

Dudo un poco para justificarme al peso de la seca exigencia, y al fin aventuro:

—Es la moda de la interviú.

Y el filisteo hombre «en cuyas manos la vida se congela, se petrifica», reclamará de nuevo:

—¡La moda de la interviú! ¿Y para qué sirve

la entrevistó, ya que la moda no vale la pena ocuparnos de ella?

Otra vez me sorprende, otra vez busco ideas en mi súbito desconcierto para replicar concertadamente; intento una definición, y voy enhebrando palabra a palabra:

—Pues la entrevistó es una discreta manera de que se aprovecha el periodista, dueño de las mayores trazas y ardides, para hacer hablar a los remisos o los ociosos—sabios, literatos, héroes—sobre temas de interés cierto e inmediato, bien por su trascendencia, bien por su actualidad, bien por la participación que en ellos tuvieren; es igualmente recurso cuco y rápido de que se vale el compadrazgo al uso para favorecer al mediocre, aupándole con la alternativa de personaje eficaz, atento a los acontecimientos, docto en una especial materia a discernir; es también medio disimulado de recíprocas conveniencias, propaganda de inconfesable trama entre quien interroga y quien informa, tras el logro de dineros o prebendas; es, a veces, especie de baja tercería en cualquier ramo de la actividad social o política, sin la cual no se alcanzara puesto o brillo; es

fácil y honesto modo biográfico, al estilo impresionista, puesto en boga por *Azorín*; es frívolo y usadero esparcimiento literario-reporteril para conquista de tiples, modistas, danzarinas y otras mujercitas locas; es, como en el singular caso de mi *Encuesta*, adentrarse en el alma ajena para arrancarle confesiones que la exhiban a través de breve y punzante diálogo; es eso, y es más; es... todo; no reconoce límites ni su amplitud, ni su intensidad, ni su diversidad; tesoro prolífico y proteiforme de la prensa con el que pueda saciar la avidez del lector, inquieto, apresurado, por la noticia múltiple, que abarque los cuatro vientos de lo sensible, íntimo o éxtimo.

Rezongará el filisteo, tras la larga y difusa tirada didáctica.

—Arma de la picardía, y de la adulación, y de la futeza, y del donjuanismo y del chisme...

Le opongo vivamente:

—Y arma de la justicia, y del honor, y del pensamiento, y del arte, y de la austeridad, y del progreso...

Argüirame, acaso, el filisteo, sin importarle mucho mi grave y algo de ridícula entonación.

—Para eso tendrían que dividirse en dos castas los señores entrevistados, la casta...

Atájole audaz, como quien columbra el triunfo de un positivo acuerdo con el adversario, irreductible en fuerza de discordante:

—Amigo mío, claro está, y unos, los buenos, los de preclara alcurnia han de poseer muy nobles cualidades: espíritu cordial y ponderado; ductilidad lexicográfica, al objeto de acoplar bien los vocablos al lenguaje de la persona entrevistada; aptitud sagaz para escoger el asunto, y momento en que deba ofrecerse; anchas y limpias vertientes conductivas por donde las ideas que se nos dan pasen al exterior sin tropiezo, menoscabo, ni desfigure; los otros, los mistificadores, los de plebeya condición, los que alquilan la pluma o celestinean por temperamento, esos sólo necesitan franco desparpajo, abundancia y ligereza de frase, mucho de malignidad y cobardía, sentido mujeriego del dime-direte, mengua de corazón...

Callará el filisteo, convencido, contrariado o desdeñoso—a lo mismo equivale—; yo, pues, como tenía dispuesto, voime a la morada de Con-



de Kostia, no sin rehilar, tal en pertinaz cantilena, la expresión carlyniana: conducir a nada, utilidad ninguna... Pero, caramba, irrumpo al pronto, como para librarme de una pesadilla, verdad es que no me acompaña a mí por el laberinto de estos escarceos ningún caballero Teufelsdröckh, a estilo del creado por el gran soñador británico, que pueda conducir a los lectores al país de los sueños, enseñándoles que todo en la vida diaria está circundado por la maravilla, y que hasta nuestras calzas y nuestras mantas son milagros, lo cual vale más que el dinero que pudo costar haberlo sabido; mas es también muy cierto que entretiene las horas y aún divierte al ánimo averiguar cuánto y qué lamentan o fingen lamentar no haber sido en nuestro mundo las personas de pro, y lo que real o mentirosamente quisieran ser en él... Cara a cara, fijos los ojos, «miembros divinos» de interlocutor a interlocutor, es difícil que nos escape a la comprensión el disimulo, la falacia, sinceridad, altanería o modestia de cada un enjuiciado. Después que en ellos hay admirables comprobaciones de bovarismo, facultad de pensarnos diversos de como so-

mos, según la sutil filosofía de Jules Jaultier, el agudo comentador flaubertiano, que eleva la ideación de Emma, preciosa heroína, a un concepto universal y científico, de tragedia humana; todo lo que puede atraer, distraer, educar, satisfacer en algo a la ardiente, alerta, curiosidad de la época.

Por ejemplo: Aniceto Valdivia, escritor de tan varios talentos, cronista una mañana y otra crítico, y otra poeta, y otra pensador o traductor o *diascebeta*, ¿qué hubiera querido ser, qué quisiera ser, después de popularizarse en las Letras del Continente con su pseudónimo de una potencia avasalladora, como el de *Stendhal* que inmortalizara Enrique Beyle?

En su casa está él. Y me recibe. ¿Escribe? ¿Lee? Escribe. Escribe una de esas maravillosas necrologías, evocadora, justa, taumatúrgica, emanando sensación de broncínea majestad, llamante de misterio, cargada de recias perennidades, al punto de sobrecogernos, y tornarnos meditativos y debelarnos en una especie de místico deliquio. Recuerdo el equívoco anhelo de *Pepe Jerez*: morirme para que el *Conde* me haga el fú-

nebre elogio. ¿Quién al fenecer Valdivia atreverase con el suyo? Necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso, lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros. (Rubén en alabanza de Martí, muerto.) Mas que nunca la prueba llegue para gloria de la literatura patria.

Viendo el *Conde* tras la cortés lectura de las ensalmadoras cuartillas, mi como fervor, religioso éxtasis, exclama con sonrisa que reconocería por suya el más sempiterno de los escépticos:

—¡Deberes, obligaciones del oficio! Esta noche misma, quizá, le cantaré un himno épico a las raudas pantorrillas de cualquier bailarina de turno; y después, a ceñir una verde y fresca corona de indiano laurel en la cabeza de vate adolescente, o a proclamar las aromáticas y digestivas excelencias del ron de Bacardí o a romper a coro sonoro con la alabanza onomatopéyica de la próxima comilona en *La Tropical*, bajo el mayestático mamoncillo. Mi desquite lo hallo luego seguro: cien, doscientas, trescientas, mil páginas

clásicas, entreverándoles por necesidad imperiosa — ¡otra vez la feroz esclavitud del artículo fijo! — versitos bayameses, prositas habaneras, critiquitas de la tierra de «El Lugareño», y burla, burlando, libros, verdaderos libros algunos, de nuestra Cuba, y de América, y de España, y de Italia y de Francia inmortal, fuente ubérrima de la cultura en todas las edades y para las latitudes todas. Con Gracián yo siento: ¡Oh, gran gusto el leer! No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día.

Le insinúo:

—También aseveró el peregrino jesuíta, por boca de su Artemia en *El Criticón*, que quien añade sabiduría, añade tristeza.

—Y la tristeza—me replica—es la madre del bienestar para los espíritus de selección. Usted debe saberse aquel consolador versículo del Evangelista San Juan: *tristitia vestra vertetur in gaudium*. Se lo repito, mi obsesión, más que mi pasión, es leer, leer, leer, siempre leer. Y mi única pena será—al irme de este mundo—no haber podido embeberme los setecientos mil volúmenes de la Biblioteca de Alejandría, quemada por

Omar. Con esto si usted guardaba intento de aplicarme sus penetrantes preguntas contestóle: hubiera querido ser hijo de un Creso para pasarme con mis heredados millones, multirrico y dadivoso, por cuantas bibliotecas existan en el Universo de punta a punta, y quisiera ser el primer lector entre los que haya habido y haya en la Humanidad entera...

—Y si el destino—añado—le lleva a convertirse en reo de alto crimen político, y resucitan e importan la segadora guillotina, subir a ella con grueso y rancio infolio, y al instante de poner la cabeza al fino y frío filo de la cuchilla, doblar la última hoja leída para seguir leyendo allá en la eternidad...

—¡Como aquel girondino rebelde! Un gesto. El cuadro, sin disputa, resulta imponente y bello; pero no seré yo quien para morir me preocupe de posturas estéticas.

Imposible prolongar coloquio con el *Pantófilo* criollo. Así, tomo la actitud de marcharme. Su mano está ya trenzada con la mía; hay el natural cambio de afectos, mi leal protesta de preferencia artística; cuando, de repente, sus labios del-

gados, largos, al amparo de los bigotes ariscos, lánzanme zumbones, crueles, tal certera flecha irónica:

—Una interviú más, ¿no es eso? Compañero: he ahí la remediavagos del periodismo.

Me azoro, suelto brusco la diestra ilustre, y como grito, al tiempo de escapar escaleras abajo:

—¡Pero que no lo sepa el filisteo!...

# INDICE





	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA.....	9
Comentario de publicación.. . . . .	13
Pórtico.....	19
Encuesta.....	23
Sanguily.....	29
Márquez Sterling.....	41
Aurelia Castillo de González.....	51
Barraqué.....	61
Chocano y González Blanco.....	69
Rivero.....	81
Armando Menocal.....	91
Lucrecia Bori.....	101
El maestro Juan Gay.....	111
Raimundo Cabrera.....	119

	<u>Páginas</u>
Julia Villanueva.....	129
General Miró.....	139
Luis Lagos y Lagos.....	149
Emilia Bernal.....	159
Eduardo Sánchez Fuentes.....	173
Conde Kostia.....	189
Índice.....	201

ACABÓSE  
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN MADRID, EN LA IMPRENTA ARTÍSTICA  
DE SAEZ HERMANOS, EL DÍA 1  
DE ENERO DE MCMXVIII











7153 9

Precio: CINCO pesetas.









UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES  
THE UNIVERSITY LIBRARY

This book is **DUE** on the last date stamped below

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



**A** 000 849 300 9

PQ  
6051  
F39e

